

La Esfera

Año VII * Núm. 314

Precio: 60 cénts.



RETRATO DEL INFANTE CARDENAL FERNANDO DE AUSTRIA, cuadro de Van Dyck, que se conserva en el Museo del Prado

UNDERWOOD



Campeón
de las
Máquinas de escribir
G. TRÚNIGER Y C.º
Balmes, 7, Barcelona. Sucursal en Madrid: Alcalá, 39.
CASA SUIZA

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO. É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.



Evitad a vuestra Mujer las Fatigas de la Limpieza

¿No se alegrara de haber terminado por la mañana temprano sus trabajos de limpieza con el nuevo aparato **O-Cedar Polish Mop**, que reemplaza a las escobas, cepillos y rodillas, absorbe el polvo en lugar de esparcirlo, evita doblarse o subirse a las sillas, pasa por los rincones mas inaccesibles y hace en una hora el trabajo de una mañana y lo hace mejor?

Toda mujer que se ocupe de su casa seguramente poseera el **O-Cedar Polish Mop**. No mas escobas; no mas plumeros, no mas trapos para el polvo que no sirven mas que para hacer revolotear a los microbios a través de la habitacion. De facil uso y de precio accesible a todos los bolsillos, el **O-Cedar Polish Mop** moderniza el trabajo de limpieza dando, en media hora de tiempo, mejores resultados que la criada obtendria en media jornada.

O-Cedar Mop Polish Mop

Comprad hoy un **O-Cedar Polish Mop** y dentro de algunos dias os preguntareis como os habeis podido pasar tanto tiempo sin el.

De venta en todos los **Grandes Almacenes, Bazares y Droguerías**. Si vuestro comerciante no tiene el "**O-CEDAR POLISH MOP**" escribid directamente al **Concesionario general: A. G. Gunnison, Valencia 318. — Barcelona Bilbao — Sevilla — Valencia.**



ESPAÑA LA MEJOR COLONIA CARMEN, 10, ALCOHOLERA

GRATIS A LOS QUEBRADOS.

Una Reputada Autoridad En Quirógrafos Envía una Muestra de Un Famoso Método Completamente GRATIS.

Un experimento de esta maravillosa curación doméstica se enviará, completamente gratis á todo aquél que se encuentra quebrado ó que conozca alguna persona quebrada. Es un Método maravilloso curando casos que han desafiado hospitales, médicos, bragueros, electricidad, etc. Con sólo enviar su nombre y dirección, el experimento será enviado completamente gratis.

Rev. T. Browne, 16, Kimberley Drive, Gt. Crosby, LIVERPOOL, Inglaterra, Capellán



Sr. SALVADOR.

Sr. Dn. Saturnino Corvillo, Calle Castelar, 31, Pueblo Nuevo del Terrible. Prov. de Córdoba, España (quebradura escrotal durante 4 años); Sr. Dn. Eladio P. Escudero, Fuente el Carnero, por Corrales, Prov. de Zamora, España (quebradura escrotal durante 5 años, edad 54 años); Sr. Dn. J. Romero Salvador, Jardines, 28, Granada, España (edad 52 años, quebradura durante 6 años); y el Sr. Dn. José Teres, Regimiento del Infante, 5, la Compa. 1.º Batallón, Zaragoza, España (quebradura escrotal curado con el Método Rice y ha hecho servicio en su regimiento durante dos años); el Dr. Rice ha expuesto sus artículos para alivio de la quebradura, en la Exposición Internacional de Artes y Industrias de Barcelona (España) 1917, y fué premiado con el Diploma, Palmas de oro, y Medalla de oro, los premios más altos concedidos en la Exposición.

Toda persona quebrada debe pedir y experimentar inmediatamente este maravilloso Método. Miles de personas han sido curadas sin operación, sin causar dolor, pe ligeros ó pérdida de tiempo. Empezar ahora y dentro de poco tiempo V. se olvidará de que ha estado quebrado. No deje de enviar hoy mismo este cupón.

CUPÓN (S. 385)

Envíese este cupón á Wm. S. Rice, Ltd. (G. P. O. Box No. 5), 8 & 9, Stonecutter St., London, E. C. 4, Inglaterra.

¿Tiempo quebrado? ¿Edad?
¿Derecho, Izquierdo, ambos lados ó ambliopía?
¿Nombre?
Dirección

La Esfera

Año VII.—Núm. 314

10 de Enero de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



CUENTO DE HADAS

Dibujo original de Mateos

DE LA VIDA QUE PASA

Releyendo á Galdós ↔ La pasión por Madrid



EL mejor homenaje que podemos tributar á Galdós es releerlo. ¡Cuántas sorpresas! ¡Qué trastorno en los valores! ¡Cómo han crecido figuras que hace años saludamos quizás con excesiva confianza y familiaridad! Quere-mos hojear y recordar, al vuelo; pero el interés nos sujeta y nos retiene, como la primera vez. Resucita el pasado... Volvemos á vernos á la luz de aquella lámpara, en aquel cuartito de niño hurón que huye de las gentes. Suena, lejos, un piano. Escalas, ejercicios... hora tras hora... Monotonía, poesía, melancolía... de lluvia y de infancia solitaria... Ahora vemos con emoción esos *Episodios* en manos de nuestros hijos. ¡Adelante la epopeya mansa, plácida y familiar! Otros harán los gestos exaltados y heroicos. ¡Adelante también la miserable España de la Restauración y, sobre todo, Madrid, el Madrid lleno de afanes, enredos y trapiondas, tal como aprendimos á verlo en las «Novelas contemporáneas»!

La primera vez que Galdós habla de Madrid es en la libre y exuberante *Fontana de Oro*, libro «con cierta tendencia revolucionaria», escrito el 67, á los veintidós años; es decir, cuando el sentido crítico es más agudo y agresivo, cuando suelen mostrarse más audaces los anarquistas de acción y los poetas. Así pues, en la primera página de su primer libro nos encontramos ya con Madrid. Es el Madrid del 20 al 24, «años de muchos lances para la *destartalada, sucia, incómoda, desapacible y obscura villa*». «Sin embargo—agrega unas líneas más abajo, para no darle tan mal parado en el primer encuentro—, no era ya Madrid aquel lugarón fastuoso del tiempo de los Reyes tudescos...» Aquí, en esta primera página, descúbrense la razón de la amplísima benevolencia galdosiana. Yendo á los orígenes, viendo el lento y trabajoso desarrollo de un pueblo, gana el ánimo del historiador cierta ternura que si no es igual á la de quien planta un árbol, se parece á la de quien lo ha visto crecer. Mesonero Romanos no podía pasear por el Prado sin acordarse compasivamente de Miñono, que lo elogiaba ya en el siglo xvii. «¡Si lo viera ahora!»—decía. Es una manera de invertir la perspectiva situándose imaginariamente en el punto de vista más remoto y dando á la presente y actual las ventajas de la distancia. Tal inclinación va acentuándose en Galdós, á medida que conoce mejor el vasto campo en que se moverá su romancero. Al principio juzga todavía sin pasión. Leed en *El Terror de 1824*—segunda serie—la descripción de la plazuela de la Cebada, aquella misma plaza que en su conferencia del Ateneo es «la bullanguera, la tumultuosa y vertiginosa plaza de la Cebada», y comparte con la calle de Toledo entusiastas elogios, en nombre de lo pintoresco, lo característico y lo histórico: «La plazuela de la Cebada—escribía Galdós hacia 1877—, prescindiendo del mercado que hoy la ocupa, desfigurándola y escondiendo su fealdad, no ha variado cosa alguna desde 1823. Entonces, como hoy, tenía aquel aire villanesco y zafio que la hace tan antipática, el mismo ambiente malsano, la misma arquitectura irregular y ramplona. Aunque parezca extraño, entonces las casas eran tan vetustas como ahora, pues indudablemente aquel ama-

sijo de tapias agujereadas no ha sido nuevo nunca.» Pero Galdós va preparando ya el ánimo del lector para un episodio bárbaro. Decía *Clarín* en su deliciosa semblanza de Galdós, hablando de lo que él llamaba «el eminente *antilirismo* del maestro». Su escasa preocupación por el paisaje, que «la Naturaleza en las novelas de Galdós viene á ser *el lugar de la escena*». La Naturaleza y la ciudad, obra del hombre, le han servido, en efecto, pobladas de figuras históricas ó novelescas que viven en plena acción. Tras esas líneas agrias y esa pintura sombría, que predisponen contra el lugar de la escena, viene la escena: «Esta plazuela había recibido de la Plaza Mayor, por donación graciosa, el privilegio de despachar á los reos de muerte, por cuya razón era más lúgubre y más repugnante.» Es el cadalso, la ejecución de Riego y de tantos patriotas lo que le hace mirarla como «una boca monstruosa y fétida», dispuesta á devorar centenares de víctimas. Por razón semejante, en varios pasajes de *La Desheredada*—libro entreabierto á la influencia del naturalismo, hasta donde Galdós quiere, y nada más—le vemos fruncir el ceño y emplear palabras duras. Isidora camina por «el conocido y gitanesco paseo de Embajadores, á caza de la «Sanguijuelera», y cuanto ve le parece la caricatura de una ciudad de cartón podrido. Aquello no era aldea ni tampoco ciudad: era una piltrafa de capital, cortada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro». Pero advierte en seguida que Isidora tenía la propiedad de extremar sus impresiones, recargar las cosas y ver lo feo horroroso. ¡Recuerda el lector el crimen de aquel bárbaro mozalbete, alias *Pecado*, y los párrafos en que Galdós sale de su impasibilidad para culparle, no á él, sino á Madrid? Yo veré siempre las dos lucecitas de los ojos de *Pecado* mirando á su hermana desde la oscuridad del sótano, por entre los radios de la rueda que ha de mover á brazo, sin parar, hasta que dé la hora. El paisaje—el medio—se lo lleva á la cárcel el hijo de Rufete.

El valor espiritual de la ciudad como el valor espiritual del paisaje, no es para Galdós, exactamente, el del lugar de la escena, pero se aproxima bastante. Respecto del paisaje ya hizo *Clarín* la observación. Galdós, «novelista urbano», apenas si prestó atención al paisaje por el paisaje. Esto es cierto. Gran parte de un episodio de la segunda serie, *Los Apostólicos*, y aun del siguiente, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, transcurre en los cigarrales de Toledo. Es curioso ver cómo los cigarrales eran para Galdós algo así como las arboledas de Sola, donde esta damita, ordenada y equilibrada, cuidaba sus gallinas y los frutales de su huerta. Más tarde vuelve, y todo un tomo de *Angel Guerra*, el último, pasa también en los cigarrales. En vano buscaremos emoción de los ojos y del espíritu, sensaciones y evocaciones de un *amateur d'ames*, como Barrés. Galdós, viendo en los cigarrales un lugar habitable, lleva á él sus criaturas, hace gozar allí las delicias del campo al famoso «don Pito», incomparable marino en tierra, y en pleno delirio-místico del enamorado de Leré; allí le hace soñar con fundaciones religiosas, tan santas como revolucionarias—¡qué hermosa fuga al ideal la de *Angel Guerra*!—, y allí le hace morir

á manos de los miserables Babeles. Está el maestro en toda su plenitud creadora. Es también un *amateur d'ames*, pero no de la suya, sino de almas ajenas. Quiere verlas nacer y desenvolverse ricas de tornasoles y cambiantes, y ésta es la luz que le interesa, éstos los paisajes que describe con fruición. Apenas una pincelada al pasar, el panorama de Toledo, el río al fondo, la vega... Poco más que el lugar de la escena.

Pero hay también *paisaje urbano*. Siendo «novelista urbano», las ciudades habían de ofrecerle en sí mismas un interés, ya que no de pintor, de poeta. Galdós no deja, sin embargo, que Leré, y *Angel Guerra* y los Babeles, sean ni un solo minuto anulados, sorbidos, por la grandeza de Toledo. Ni siquiera influye en los deliquios místicos de sus héroes el misterio de la catedral. Así como en el libro de Blasco Ibáñez todo es la catedral y no hay Toledo, ni apenas hay hombres, en *Angel Guerra* la catedral no importa y Toledo tiene el interés anecdótico de sus casas pobres y de sus misérrimas vidas. Lo que especialmente, casi únicamente, importa son los hombres.

Así creo yo que Galdós ve las ciudades como las moradas del hombre. Atiende en ellas á su habitabilidad y al camino que han seguido en manos de sus pobladores. ¡Con qué complacencia busca y encuentra una por una las tiendas de la Carrera de San Jerónimo, allá por el año 1820, y cómo nos describe en *La Fontana de Oro* aquel irlandés «gordo y suculento que vendía raso y organdí, encajes flamencos y catalanes y alopín para chalecos»...; la tienda de Perico *el Mahónés*, la de doña Ambrosia, de Quintanar, que antes fué *la tía Ambrosia*; el decorado de la Fontana, las gentes, los trajes, los vehículos! Con igual agrado tiende en *Fortunata y Jacinta*, para presentar á sus lectores la familia de los Santa Cruz, «un vistazo histórico sobre el comercio matritense», y nunca es tan lírico Galdós como cuando habla del chino Ayun, peregrino artista que bordó para las madrileñas los primeros mantones de Manila hasta que le destruyó Senguá, otro chino más maravilloso todavía. El lugar donde moran sus héroes—concepto menos frío que el lugar de la escena—tiene una historia ligada con la de esos mismos héroes. La compenetración histórica, antes de que llegara el criterio naturalista que lo aceptaba todo como documento, y el gusto de lo pintoresco, común á hombres y cosas, hizo de Galdós el cronista más benévolo. Cien veces hubo de pasar en sus libros ante esos hombres y esas cosas que, siendo pintorescas y típicas, merecerían su saña. Pero entonces es cuando asoma la sonrisa humorística. Recordad en *Misericordia*—la prodigiosa é inmortal el comentario á aquella descripción de la iglesia de San Sebastián: «Es un rincón de Madrid que debemos conservar cariñosamente, como anticuarios coleccionistas, porque la caricatura monumental también es un arte. Admirémos en este San Sebastián, heredado de los tiempos viejos la estampa ridícula y tosca, y guardémoslo como un lindo mamarracho.» Lindos mamarrachos, llenos de carácter, pueblan este Madrid, y, para perdonarlos, hace falta toda la bondad del maestro.

Luis BELLO

HA MUERTO GALDÓS



Última fotografía de Galdós, hecha por Salazar con motivo de la interviú celebrada con "El Caballero Audaz", y publicada en "La Esfera"

HA muerto Galdós, el más grande representante de la novela española, lo mismo en su aspecto histórico que en el idealista, que en el costumbrista, que en el pasional, que en el psicológico. Se ha oscurecido para siempre su cerebro creador y se ha crispado la mano que escribió tantos libros inmortales. Para velar su nombre y su gloria queda el mundo á que dió vida la llama de su genio: los seres, reales ó fantásticos, extraídos de la Historia nacional ó forjados en los fecundos yunques de la imaginación. Ahí quedan, sí, los héroes de Trafalgar y de Bailén, de Zaragoza y de Luchana, de las Maravillas y del Maestrazgo; ahí quedan los enconados representantes de nuestras contiendas políticas: Zumalacárregui y Cabrera, Chaperón y Torrijos, O'Donnell y Narváez, figuras trazadas con rasgos firmes y vigorosos, á lo Velázquez; ahí quedan Gabriel Araceli y Medio-Nombre, Patricio Sarmiento y Carlos Garrote, Salvador Montsalud y Santiago Ibero, el patriotismo ó la pasión hechos carne; ahí quedan Maximiliano Rubín, Angel Guerra, y esa corte de mujeres que se llaman Inés, Lolita, Gloria, Marianela, Sor Teodora de Aransis, Camila y Dulce Nombre, inmortalizando la gloria de su padre entre los genios consagrados por

los siglos. Es Galdós el más copioso de los escritores contemporáneos, y resiste, sin enojo de la verdad y quizá en algún caso con ventaja, la comparación con Dickens, Dumas, Walter Scott y Balzac. Desde 1870, en que aparece con *La fontana de oro*, hasta sus no lejanos días de relativo silencio — impuesto por la ceguera de los ojos, no por las tinieblas del cerebro ni por el ocaso del espíritu —, el maestro ha publicado más de ochenta novelas y ha estrenado más de veinte obras teatrales.

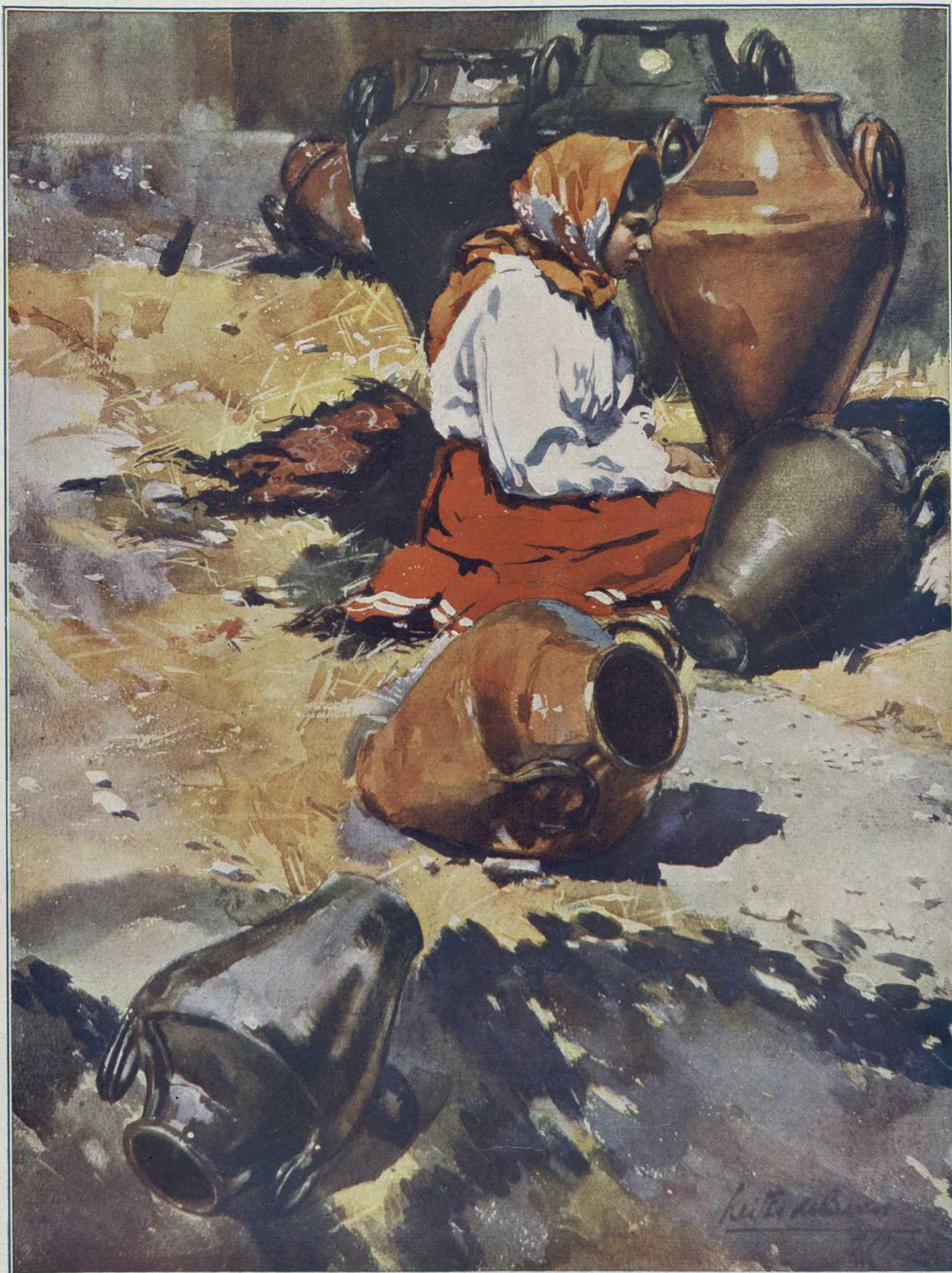
Vino Galdós cuando la novela española languidecía y dormitaba, esperando el soplo que la animase y reviviera; aún no se habían escrito *Pepita Jiménez*, ni *El escándalo*, ni *Sotileza*, aunque los autores de estas tres obras magníficas ya eran tenidos por maestros. El fué quien devolvió los prestigios á un género literario tan español.

¡Ha muerto Galdós! Cuando murió Zorrilla dijo un poeta que el cantor de Granada había roto la lira española.

Ahora podemos decir que con los restos del autor de *Gerona* y *Bailén*, de *Realidad* y *Fortunata y Jacinta*, enterramos nuestra bandera.

LA ESFERA

TIPOS PORTUGUESES



VENDEDORA DE CACHARROS, acuarela original del pintor y arquitecto portugués Leitão de Barros

LAS ÚLTIMAS
CUARTILLAS
DE GALDÓS

MEMORANDA

EN los años 1901 y 1902 frecuentaba yo París, no sólo por la atracción que ejercía siempre sobre mí la gran metrópoli, sino por mantener vivo el trato con mi amigo de la infancia Fernando León y Castillo, que desempeñaba por segunda vez el cargo de embajador de España en aquella República.

En este mismo semanario, y en multitud de obras mías, he referido mis visitas al palacio de Castilla (*avenue Kleber*) y las conversaciones que tuvimos León y yo con la Reina Doña Isabel. En las entrevistas de esta segunda etapa había variado visiblemente el aspecto de S. M. A la peluquita rubia que antes usaba sustituía ya una cabellera blanca, aureola de dignidad y simpatía. Andaba lentamente, apoyándose en un bastón; pero sus atractivos personales, la gracia, el donaire, la dulce ironía de su conversación, no habían cambiado; antes bien, los acontecimientos de actualidad exacerbaban la sutileza y la donosura picaresca de sus razonamientos. Aunque moraba en territorio extranjero, su

Madrid y 11 de octubre 29/10/02

Pr. Sr. Fr. Verdugo

Me querido amigo. Hoy
me he a Vd un retrato de
Doña Isabel II que me dedice
cuando yo le visitaba en París
para celebrar con ella unas con-
ferencias y como precisamente
el asunto de mi primer artículo
para el número extraordinario
de "La Esfera" es hablar de estas
entrevistas le mandé el retrato
para que con la dedicativa le
reproduzca Vd en el mayor
tamaño posible rogándole al

mismo tiempo que me lo de-
rriba en cuanto haga dicha
reproducción. Pronto se man-
dando cartillas para el artículo
siempre de Vd constante
y cariñoso amigo

B. Pérez Galdós



A B Pérez Galdós

afectuosamente

Isabel de Borbón

París Diciembre 1902

Retrato que la Reina Doña Isabel II dedicó al insigne novelista

He aquí reproducidas en esta página las cuartillas á que se refería D. Benito Pérez Galdós en la carta cuyo facsimil ofrecemos á nuestros lectores. Son las primeras de un artículo que ha quedado sin terminar por la muerte del maestro

corazón permanecía en España, y en sus conversaciones sólo trataba de asuntos exclusivamente españoles.

Era, pues, un alma española con todos los defectos y las buenas cualidades de la raza; pero éstas no fueron bastante conocidas y apreciadas como debieron serlo, pues la opinión vulgar más abultaba los errores que atenuaba los aciertos. Era Doña Isabel tan generosa, que, sin instigación de nadie, perdonaba todas las ofensas que había recibido, conservando fresca en su memoria la gratitud á los adictos. Jamás oímos de sus labios una palabra rencorosa; y aun en la soledad de su destierro forzoso, supo mantener las apariencias ceremoniosas de Reina efectiva. Recuerdo que una tarde, estando León y yo en la cámara regia, oímos preluar en el piano un trozo de *Norma*, y Doña Isabel exclamó: «¡Ah! Ya está aquí madame Lagrange; vamos á oirla». Pasamos al salón, y vimos á una señora que, caladas las gafas, tocaba en el piano pasajes de óperas. Ana de Lagrange era una cantante extraordinaria, que había hecho las delicias del público de Madrid durante largos años. Cantó en el teatro Real con exquisito arte las óperas más en boga en aquellos tiempos. Además, era señora dignísima, de esmerada educación y atractivo social. Doña Isabel hizo amistad con ella, y á menudo la invitaba á pasar largas horas en el Real palacio, luciendo su arte de cantante y de pianista.

Pasó tiempo; cambió la situación política de la Reina, y cuando ésta, libre ya de las obligaciones del Estado, residía lejos de su Patria, también Ana de Lagrange, que por su avanzada edad había perdido el cetro de la escena, requirió en París la amistad de Isabel II, y casi diariamente iba al palacio de Castilla á regalar los oídos de la Soberana con la música más selecta.

Gozaba esta señora en París de cierta popularidad, como lo demostraba el hecho de que al salir la Reina de paseo había en la calle dos filas de personas que la miraban con gran curiosidad, y á veces se oía un murmullo de simpatía y admiración; cosa rara en París, donde pasaban inadvertidas tantas Reinas destronadas, sin que nadie parara mientes en ellas.

DE LA VIDA DE GALDÓS



D. Benito Pérez Galdós, en su casa de Santander, acompañado de la eminente actriz Margarita Xirgu y del ilustre periodista D. José Estrañi, fallecido recientemente



D. Benito Pérez Galdós, hace veinticinco años



Galdós y los hermanos Quintero, retratados el día del estreno, en la Princesa, de la adaptación escénica de "Marianela", hecha por los celebrados autores sevillanos

La vida de Galdós fué vida de investigación, de estudio, de trabajo; vida fecunda de diaria elaboración, de constante escrutar los campos de la Historia y los espacios de la fantasía y del pensamiento. Los *Episodios Nacionales*, ese inmortal monumento levantado sobre las glorias, luchas y torpezas políticas del siglo XIX, representan la clausura en archivos y bibliotecas, la rebusca de datos, antecedentes y documentos; la visita a pueblos y lugares históricos, donde el sentimiento de independencia, en pugna con el afán de conquista, el heroísmo y la pasión, la ambición y la intriga, escribieron páginas gloriosas y sangrientas. El resto de su obra gigantesca—sus novelas de la primera época, desde *La Fontana de Oro* á *La familia de León Roch*; sus novelas españolas contemporáneas, desde *La desheredada* á *El caballero encantado*; sus dramas y comedias, desde *Realidad* hasta *Pedro Minio* y *Alceste*—recuerda á Galdós entregado enteramente á las tareas literarias y teatrales, á crear

el mundo fantástico que le debe vida y á aumentar el riquísimo caudal artístico de España. Ahí está el maestro, representado por la fotografía, hablando con los hermanos Alvarez Quintero de la adaptación escénica de *Marianela*, y con la notable actriz Matilde Moreno en la época en que el gran novelista tenía á su cargo la dirección artística del teatro Español. De los últimos años tenemos el recuerdo del creador de *Voluntad* y *La incógnita*, encerrado en su hotel del barrio de Argüelles ó retirado á su casa veraniega de «San Quintín», la hermosa finca santanderina. Ya el fragor de la lucha está lejano, y los resplandores de la gloria iluminan la gigantesca figura desaparecida. Son los días apacibles de evocación y de memorias que tenían unos lentos paseos matinales, en coche, por el Parque del Oeste, y una deliciosa contemplación de los brumosos paisajes montañoses, medio velados por el atardecer. Eran los días postreros en que el autor de *El abuelo* trabajaba aún infatigablemente.



Galdós oyendo el discurso pronunciado por el alcalde de Madrid, Sr. Garrido Juaristi, con motivo de la inauguración del monumento erigido al glorioso literato en el Retiro



Galdós sentado ante la mesa donde escribió la primera serie de los "Episodios Nacionales"



Galdós hablando con la eminente actriz Matilde Moreno, durante su época de director artístico del teatro Español

NUESTRAS VISITAS
ARTURO RUBINSTEIN



ARTURO RUBINSTEIN

DIBUJO DEL NATURAL, POR RICARDO MARÍN

Me ofreció la butaca con un gesto afabilísimo. Yo, antes de tomar asiento, recorrí con la mirada el cuarto; una lujosa habitación del Hotel Palace, que se diferenciaba de todas las demás en que el lecho estaba cubierto y adornado con varios magníficos mantones de Manila, y en que sobre las mesas había una veintena de artísticas fotografías de mujeres bellas que, en sus dedicatorias apasionadas, manifestábanse enamoradísimas de nuestro eminente visitado.

—¡Caramba, Rubinstein! Esto es un harem de espíritus—murmuré.

—No le sorprenda. Esto no tiene importancia.

Son recuerdos. Quiero vivir rodeado de cosas gratas á mi vista. Me parece estar menos solo cuando por las mañanas, al abrir los ojos, me encuentro rodeado de las afables fisonomías de estas angélicas amiguitas. Además, fijese usted que todas nos sonríen, que ninguna nos importuna con su enojo.

—¿Cada una le recuerda á usted un instante de amor?

Sonrió y repuso:

—Si no de amor, me recuerda un instante grato de mi vida. Y... todas juntas me proporcionan una divina felicidad. Aquí las tengo de todas las nacionalidades.

—¿Menos españolas?

—Sí, también; no faltaba más. Vea usted —y me mostró el retrato de una bella y popular artista, cuyo nombre oculto por la natural discreción.

Continuó hablándome:

—Con estos mantones comprados en Sevilla, y con las fotografías, consigo dulcificar la hostilidad que tienen los cuartos de los hoteles y los impregno de mi carácter, les doy personalidad; dejan de ser habitaciones severas para convertirse en un rinconcito apacible. ¿Comprende usted?

Afirmé y tomé asiento. Mientras tanto, Ru-



binstein buscó en los bolsillos de su magnífica bata de seda y tisú de oro la pitillera, y después me ofreció un cigarrillo egipcio.

Es joven, delgado y elegante. Su perfil es agudo; su nariz, larga y un poco ganchuda; sus ojos grises, con el iris dorado; su cabello, rubio y muy rizado; sus ademanes, señoriales. Parece un príncipe de leyenda.

Lo más interesante de Arturo Rubinstein es su conversación, original y amenísima. En un español casi correcto me contestó:

—Soy polaco; nací en Varsovia. Conservo de mi niñez muy raros recuerdos. Fijese usted: mi familia sufrió mucho de los rusos; fué muy perseguida y castigada. Yo soy el más pequeño de seis hermanos; entre el quinto y yo existe una diferencia de nueve años. Cuando yo nací mis padres eran ya viejecitos. Tal vez esto tenga alguna influencia en mi privilegio musical. Yo he leído en un libro inglés que los hijos de los viejos tienen más capacidad intelectual. No sé.

—En su familia, ¿había algún músico?

—No, no; nada de eso. Mi familia era toda ella antimusical, y yo, que hasta los cinco años no he hablado una palabra, desde los veinte meses cantaba todas las canciones que oía, hasta tal punto, que mi familia se entendía conmigo interpretando mis cantos. Por ejemplo: entraba en casa un amigo español y me preguntaban: «Arturito, ¿quién ha venido?» Yo, para decirles que era un español, les cantaba *Carmen*, y si el visitante era un francés, la *Marselesa*, y si quería dormir, «el sueño de Manón». Rei, y el eminente músico me detuvo en seguida.

—¿Lo duda usted?

—No; me hace gracia; es curioso. Continúe usted.

—A los seis años tocaba el piano en conciertos. Después me fui á Berlín á estudiar, y á los diez años me presentaba ante el público.

—¿Como niño precoz?—inquirí.

—¡Oh, no!—rechazó Rubinstein—. Yo no he

sido jamás explotado como niño prodigio, porque siempre entendí que eso era un peligro para el porvenir. Yo aparecía de vez en cuando en los conciertos para mostrar mis progresos; pero siempre tornaba á mis estudios, hasta los seis años, que abandoné la escuela alemana y me fui con Paderewski. A esa edad firmé mi primer contrato importante. Yo me emancipé á los quince años, y desde entonces marché solo por el mundo, y yo me administro y yo respondo de mis actos. Entiendo que el artista debe ser así.

—¿Qué edad tiene usted ahora?

—Hizo un gesto de pesar, y...

—¡Oh!, mi amigo. ¡Tengo ya treinta y un años dentro de un mes! Pero he vivido ciento cincuenta. Tengo el corazón un poco cansado.

—¿De amar?

—No; el amor no produce cansancio en el corazón; de recibir emociones.

—¿Gratas?

—Sí; más que ingratas.

—¿Está usted enamorado?

—¡Ay, ay! Eso es algo tan íntimo, que no se sabe ni responder. Todas mis mujeres, las adorables mujeres con quien soñé, me han interesado. En mí es demasiado aguda esa pícará atracción que para perpetuar la especie ha puesto la Naturaleza entre los dos sexos. Sin embargo, tengo horror del casamiento; si algún día recibe usted la noticia de que he matrimoniado, puede usted asegurar que me he vuelto loco. Para un artista el casamiento es nefasto. Quiero levantarme cada día con un alma distinta, esperando nuevas sensaciones; y... casarme es... renunciar á todo lo más bonito de la vida...; es jubilar al corazón. Es morir para todo el resto de la vida. He viajado tanto que conozco todos los matrimonios de artistas del mundo; pues bien: de ciento, noventa y ocho son desgraciados, y los otros dos restantes dejaron de ser artistas. Recuerde usted los verificados aquí en España.

—¿Cuál es su vicio dominante?

—Quedó meditativo un momento.

—No sé—repuso al fin—. Soy hombre de pe-

queños vicios. Me gustan las mujeres enormemente; pero yo esto no lo considero un vicio, sino, al contrario, una virtud que hay que alentar. Yo, si tuviera hijos, en vez de decirles: «muere por la Patria», les diría: «amad sin reposo; amad hasta morir». Porque entiendo que ésta es la misión más importante que hemos de cumplir en la vida.

—¿Cuál es el momento más triste que ha tenido usted?

—Yo no he vivido ni un solo día en contra de mi voluntad; por eso jamás tuve un momento triste. De las cosas que se han hecho por conveniencia se arrepiente uno; pero de las que fueron dictadas por nuestro ser, por nuestro corazón, jamás.

—¿Y su momento de mayor felicidad?

—¡Oh! ¡He tenido muchos! Ya ve usted, hoy estoy enfermo; me duele la cabeza cruelmente; salgo para Barcelona esta tarde, y sin embargo, en este instante de charla con usted, soy feliz.

—Yo también—correspondí, agradeciendo con una sonrisa su gentil galantería—. Y dígame, Rubinstein, ¿qué es lo que más le inquieta de la vida?

—Vaya unas preguntas las suyas—comentó—. Interroga usted al alma, no al artista. Usted en seguida toca la arteria central de un hombre, de una vida. ¿Lo que más me inquieta? Nada y todo... me impacienta. Tal vez me inquiete algo la idea de no ser algún día dueño de mí.

—¿Y la muerte?

—¡Oh! Esta cosa, en vez de inquietarme, me atrae.

—¿Cuál es la emoción más agradable que experimenta usted durante los conciertos?

—Escuchar la música que toco. Y después, cuando me siento dueño de un público. ¡Qué raro! De qué manera un artista forma con tres mil espectadores un alma sola que se le rinde. Y es que lo que se llama alma resulta algo como una electricidad, un flúido, un rádium. Yo, sentado ante el piano, reconcentrado en mí, me doy exacta cuenta de todos los movimientos que

se producen en la sala; una vez sentí en mis manos y en mis nervios la llegada de un artista amigo mío, que yo no esperaba, y en el preciso momento que entraba en la sala, sin verle, me dije: «ahí está Fulano», y en efecto, Fulano había llegado en aquel instante, y yo sentía su mirada sobre mí.

Hubo una pausa; yo meditaba nuevas preguntas; pero el artista, anticipándose, exclamó muy lentamente, con delectación:

—¿Sabe usted lo que á mí me gusta mucho? Hacer colección de momentos felices, de eternidades, sin detenerme jamás, para que sean sustituidos estos momentos con desilusiones. No sé si me explico bien. Me quiero llevar de cada mujer y de cada amigo el instante cumbre de nuestro afecto: no esperar jamás á que llegue el desencanto. Algunas mujeres se esfuerzan en un imposible: en que el amor sea permanente, y con esa obstinación lo que hacen es desvanecer el amor y el recuerdo feliz, que es á lo que se debe aspirar. No importa el tiempo que se amen dos personas. Lo inolvidable es la intensidad con que se amen. Se pueden tener amores con una mujer de cuarenta años, ¿y qué? Lo divino de ese amor, lo único que quedó fué la terrible y excelsa locura de las tres primeras semanas. Todo lo demás sobra. Un día en Venecia, en perfecta libertad, en compañía de una mujer soñada, vale más que toda la vida prosaica de un matrimonio.

—¿Le gusta á usted España?

—Sí, muchísimo; conozco todos sus rincones; los he recorrido en ferrocarril y en automóvil.

—¿Y qué parte le agrada á usted más?

—¡Ah! Naturalmente, Andalucía: Córdoba, Sevilla, Granada. Eso me encanta, porque responde á la España que desde niño nos hemos forjado. La España que nos atrae con sus bellas mujeres morenas, melancólicas y valientes; con el torero fanfarrón, el vino dorado, con aromas de flores, el sol ardiente y áureo y los claveles rojos. Y cosa rara: aquí, en España, en este admirable país pintoresco, en música sienten un gran amor hacia

Beethoven y Wágnier. Es como una devoción, y sin embargo, nada de este país rima con esa música. Todo es opuesto.

—¿Cuánto dinero llevará usted ganado con su arte?

—¡U! He ganado unos tres millones de francos, que he gastado bien, viviendo á placer, y seguramente ningún millonario habrá disfrutado con su dinero tanto como yo con ese producto de mi trabajo. Porque yo entiendo que el valor del dinero comienza en el momento en que empie-

za uno á gastarlo con sabiduría. De la misma manera que una cuartilla de usted no adquiere valor hasta que usted la escribe. ¿Qué importa tener cuartillas si no se llenan con ideas? ¿Qué importa tener dinero si no se gasta? Morgan, Rothschild y Rockefeller son unos esclavos de su dinero, unos sirvientes de su oro. A propósito de esto, me acuerdo de un pasaje muy famoso de mi vida. Vivía yo en Roma con una mujerci-

galé unos instantes gratos haciendo música; en cambio él, de su riqueza en oro, no podía ofrecerme ni un céntimo. Pues resultaba yo mucho más útil en la vida que el multimillonario Morgan, ¿no?

Asentí.

—¿Posee usted muchos idiomas?

—Ocho: polaco, ruso, francés, inglés, alemán, checo, italiano y español.

—¿En qué país del mundo le gustaría á usted vivir?

—Londres, para vivir; para mirar, Italia; para amar, Andalucía y Río Janeiro.

—¿Cuál es el músico que más admira?

—Como virtuoso, Pablo Casals.

—¿Y compositor?

—Strawinsky.

—¿Quiere que hablemos ahora de un desagradable incidente que tuvo usted con el público de Madrid?

—¡Oh! Ya se arregló todo; ayer hicimos las paces el público y yo con gran entusiasmo.

—¿Sí?

—Sí, sí. Verá usted. Yo adoro al público de Madrid; él me viene mimando cada vez más, y en esta situación de recíprocos afectos, yo entendí que mis amigos debían ser también amigos del público madrileño. Pues bien: una tarde toqué los célebres vales de Ravel, que son los preferidos por mí, y cuál no sería mi sorpresa y mi amargura cuando me encontré con que el público acogió á mi amigo Ravel con un poco de desconsideración. Esto no era posible, y volviendo á bisar la composición, poniendo en ella toda mi alma, traté de convencer al público de que era injusto; el público entonces rechazó mi actitud; pero hoy ha sido el delirio, la reconciliación. Yo he tocado todo lo que me han pedido, y él me ha colmado de ovaciones. Era un enternecedor pugilato de afecto.

—Es que usted debe tener mal carácter, ¿no?

—Malo y bueno; soy un perfecto egoísta.

—¿Ante qué público del mundo le gusta á usted más tocar?

—Ultimamente me decido por el mejicano. ¡Cómo bebe la música ese pueblo! ¡Qué enormidad!

—¿Cuál es el mayor cariño de su vida? Quedó pensativo

un instante; después comentó, lento:

—Caramba. ¡No sé! Mi mayor afecto pertenece siempre á aquella persona querida de la cual me alejo. ¡Cosa rara! Queremos más á nuestras personas predilectas cuando están lejos. Y es que la separación define y aquilata los afectos. Yo no le di muchas veces importancia á relaciones que sostuve con mujeres, y luego, en el tren que me separó de ellas, lloré, porque no podría verlas al día siguiente.

EL CABALLERO AUDAZ





HACÍA mucho tiempo que Mintje Laan se encontraba sobre la pequeña duna? Preciso es creerlo, porque cuando hubo enjugado sus últimas lágrimas con un gesto triste, ya la mar balanceaba una multitud de reflejos de estrellas.

El minúsculo faro del villorrio lanzaba con desesperación su lumbre hacia los confines del horizonte perdido entre la sombra, y la noche iba arrellenándose silenciosamente en el espacio.

Ahora bien; á medida que la luna caminaba, costeando la playa lisa, en dirección á la choza paterna, muchas cosas desgarradoras agolpábasele al corazón.

Es que volvía á ver entre el angosto embarcadero, entre los hombres apresurados por la proximidad de la pleamar, á Hans Helm, que la tomaba de la mano, llevando al hombro un barrilito verde lleno de agua dulce, con el enamorado corazón palpitante y ansioso debajo de su chaquetilla de cuero.

Se había despedido de ella de una manera tan triste, con palabras tan vagas y oscuras, con la garganta tan anudada, que la pobre sentía un gran miedo, como si en aquella separación hubiera tenido el presentimiento de alguna desgracia. ¿Volvería? ¡Oh! ¡Con qué angustia siguió con los ojos al cutter que le arrebataba á su amado, hasta el momento en que su gran vela parduzca se fundió en el deslumbramiento del sol poniente!

Y todavía en aquellos instantes, en que la noche caía sobre ella y su vida como una red de plomo, la joven no veía de las cosas de la tierra más que los ojos fieles de su novio al decirle con tanta melancolía:

—Amame mucho, Mintje Laan; ya sabes que soy tu prometido.

Cuando Mintje regresó á casa de su anciano padre, Hans estaba ya bastante lejos, navegando hacia el Noroeste, puesto en rumbo más allá de las costas últimas de Escocia, donde la pequeña flota de pescadores de arenques iba á llenar sus barricas durante largos meses.

Al amanecer del día siguiente se descompuso el tiempo.

La expedición no tenía suerte; generalmente,

el primer mes de pesca no es un mal mes, puesto que es el de Agosto. Pero aquel año, por el contrario, pareció que el Norte desencadenaba toda su furia desde la salida de los pobres viajeros. Las mujeres del villorrio se desolaban ante la perspectiva de una mala pesca, y temblaban al pensar en los riesgos que corrían los hombres.

Las cosas anduvieron tan mal, que hacia el fin del primer mes muchos cutteres volvieron como desesperados. Pero Hans persistió en la empresa.

Después de concluir su tarea diaria, obstinábase Mintje en estar de espera por muchas horas de la noche en lo alto de la pequeña duna, fijos los ojos en el abismo y la distancia, adonde iban los votos de su corazón, mientras que á sus pies las olas locas aullaban y escupían amenazas.

Una noche se desplomó en masa el firmamento sobre las olas, que rugieron. Una ráfaga de viento barrió el nublado, y la luna pareció deshacerse en gotas eléctricas sobre el espantoso sacudimiento. Ante los ojos de la joven se levantó á lo lejos un fantasma vago, muy vago al principio.

Pero no tardó en distinguir un velamen.

—¡Es él! — pensó.

El fantasma, entretanto, saltando, á la vez que volaba rápidamente, crecía. La tempestad arrancaba todo, tan recia y violenta, que Mintje Laan se creía arrebatada. Y ya no pudo ver más nada al través de los torbellinos de arena fina y el azote de la espuma arremolinada por el huracán. El cielo volvió á traer otras montañas; todo se estremeció, y la luna saltó al sentir un trueno que tartamudearon, espantados, los ecos.

Entonces se sintió hacia el fondo de las dunas, donde la tormenta había internado á la joven, un rumor de estridentes silbidos de cordajes, de gritos ahogados, un choque sordo, y prolongados crujidos acompañados de frenéticos chasquidos, semejantes al que produciría el aletear de una innumerable bandada de pájaros.

Por la parte de tierra oyéronse otros rumores; todo el villorrio se apresuró á acudir á la playa.

El pequeño faro clavó su boca de fuego sobre el paraje en que acababa de escollar un cadáver de hierro, cuyas numerosas bocas jadeantes vo-

mitaban tripas de espeso humo mucho más negro que la misma noche.

Mientras que en lo alto, como en perseguiamiento de las nubes, continuaban las velas, hechas jirones, ensordeciendo á la gente con sus desatinados chicoteos.

ooo

Pitiri volvió en sí al séptimo día después de esa noche.

Nada le asombró tanto entre las cosas que le habían sucedido como su primer despertar en aquella pequeña alcoba desconocida.

En vano buscó sobre el piso fregado con tiza, y á lo largo de la cal de las paredes, una figura humana; pero como, en vista de ello, creyó que estaba en el mundo del ensueño, volvió á cerrar los ojos. No oyó tampoco llegar á Mintje algunos minutos más tarde, puesto que la joven, por precaución, se había quitado los zuecos de suela de madera, y se adelantaba sigilosamente, como tenía costumbre de hacerlo de rato en rato, para observar y cuidar al naufrago. Ni vió la vieja cara pelada del anciano Laan, que permanecía en el dintel de la puerta con el corazón inquieto.

—Es preciso ponerle otros porrones de agua hirviendo — murmuró el viejo.

Pero Mintje lanzó un grito. ¿Podía dar crédito á sus ojos? ¡Salvador Divino! Sobre las frazadas de lana burda y gris se habían abierto las dos manos del hombre, y en el fondo de la cavidad sombría de sus órbitas, que daba miedo contemplar, dos pupilas negras, más oscuras que las noches de desgracia, evocaban la vida.

ooo

Con los cuidados de Mintje y la asiduidad del padre de ésta, el pobre marinero extranjero no tardó en llegar á la convalecencia. Un día le preguntó por gestos — porque ni el diablo hubiera podido entender ni jota de lo que decía, tan diferente era su idioma del dialecto de los pescadores — cuál había sido la suerte de su querido buque. Sí; y pronunció con mucha tristeza estas palabras:

—... Povero «Ucello Pazzo»... (... Pobre «Pájaro Loco»...).

Cuando Mintje comprendió lo que deseaba,

apartó las cortinas de las ventanas bajas, y el hombre pudo ver — allá lejos, sobre las arenas — al «Ucello Pazzo», el gran buque blanco, que ostentaba su esbelto cuerpo intacto sobre la espuma seca de la playa.

Vió también á sus compañeros de trabajo, los demás marineros italianos, que se movían con actividad sobre los flancos de la nave, ocupados en descargar las bodegas, mientras que en la costa un sombrío remolcador giraba sobre sí mismo, aguardando la pleamar para intentar la desvaradura.

Y debido á ello, al concluir ese día, cinco hombres de la tripulación entraron en la pequeña cabina del viejo Laan y se llevaron al enfermo, después de haber entregado al anciano, lo que era muy justo, una considerable recompensa por su abnegación y su bondad.

Cuando el «Ucello Pazzo» desapareció entre el azul del horizonte, asombróse Mintje del mal-estar que sintió dentro del pecho. Dirigióse á las casas de varias vecinas en busca de distracción, y por la noche debía de ser muy tarde cuando logró conciliar el sueño, porque hacía horas que nada se sentía en el villorrio.

ooo

¡Ah! ¿Por qué tuvo Mintje ese ensueño? No bien hubo cerrado los párpados, se encontró sobre la duna; era un agradable día de sol, y la mar azulada cabrilleaba brillantemente.

El grande barco de los italianos estaba anclado en la punta de la escollera, con sus lindas velas nuevecitas y sus bandéras desconocidas; hasta la humareda de sus anchas chimeneas era blanca como la espuma, y los bellos marineros de tez bronceada, entonaban maravillosas canciones, mientras sacaban el agua de las bodegas.

Mintje veía todo esto desde el fondo de las dunas, donde brotaban por aquel entonces una cantidad de flores de múltiples colores, como en el cuidado jardín de Juan Hupp, el armador. Todo aquello era lindísimo. El musgo de las dunas parecía de oro puro. Había también muchas fuentes pequeñas y deliciosas que Mintje no había visto jamás, y que tenían un gusto embriagador, como las golosinas de la ciudad.

Mientras que las saboreaba á sus anchas, no vió venir tres hombres, cuyas enormes figuras se le presentaron de golpe. Dos de ellos estaban vestidos de paño verde y con mucha sencillez; pero el tercero era de veras muy digno de contemplarse, pues daba gusto el verlo. Venía vestido con un traje de fina lana roja y traía un gran sombrero negro. Sus orejas estaban adornadas por pesados arcos de oro labrado, y su cuello se perdía entre muchas sargas de corales pálidos, de gran valor, sin duda alguna. Mirándole con atención, Mintje reconoció en él al joven marinero que su padre y ella habían asistido, y le saludó amistosamente. Pero el hombre sonrió de un modo raro.

Lo que pasó en seguida, Mintje no le recordaba sino de una manera muy confusa. Los dos hombres vestidos de verde se arrojaron sobre ella y la arrebataron en vertiginosa carrera, y luego, de improvviso, se vió en la bodega del gran barco blanco. Una débil claridad iluminaba los objetos. ¡Dios mío!, ¡qué terrible descubrimiento! el lindo hombre vestido de rojo estaba allí, estirado en el suelo y sin vida.

Bajo sus opulentos cabellos negros, que se esparcían en rizos, su bello rostro parecía de color marfil.

Mintje se acercó á él llorando á lágrima viva, y — ¿se atrevería á declararlo? — sus labios rojos permanecieron por largo tiempo sobre aquella hermosa frente de piedra, en ósculo apasionado.

Entretanto... grandes golpes dados á la puerta de su alcoba la arrebataron de aquel sueño sorprendente. La voz del viejo Laan gritaba fuera:

— ¡Mintje! ¡Mintje! ¡Los muchachos han vuelto! Ahí están, ahí están. ¡Hans Helm repara sus redes!

¡Hans Helm! Este nombre resonó como la bocina de alarma en medio de las tormentas.

Mintje Laan lloró toda su vida.

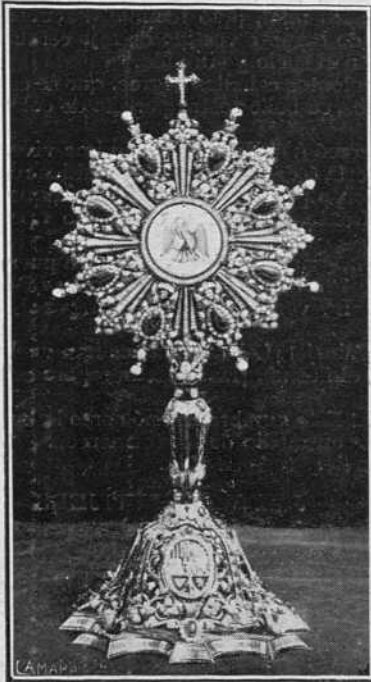
JOSÉ VAN SLUITJERS
(Holandés.)

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



LA RIQUEZA ARTÍSTICA
DE ESPAÑA

Joyas del Monasterio de El Escorial



Custodia de oro y piedras preciosas, cuyo valor se calcula en 80.000 duros, y que fue regalada al Monasterio por la reina doña Isabel II



Tapiz de Goya, titulado "La ventera segoviana y el jardinero asturiano"



La Virgen de San Pio V, de incalculable valor, pues está rodeada de piedras preciosas. La corona, de oro y brillantes, fue regalo de doña Isabel II

ENTRE las incalculables riquezas de nuestro patrimonio que aún permanecen sin catalogar, y que permanecerán en tal estado Dios sabe cuántos años aun, son, sin duda, las que atesora el Real Monasterio de El Escorial acaso las más espléndidas. Grandes fueron las vicisitudes porque el gran-

dioso cenobio hubo de pasar con motivo de las invasiones, turbulencias políticas y cambios de régimen. Pero aún resta, merced al amor con que los monarcas hispanos lo miraron, número bastante de maravillas artísticas para dar al Monasterio escurialense un elevado valor estético.

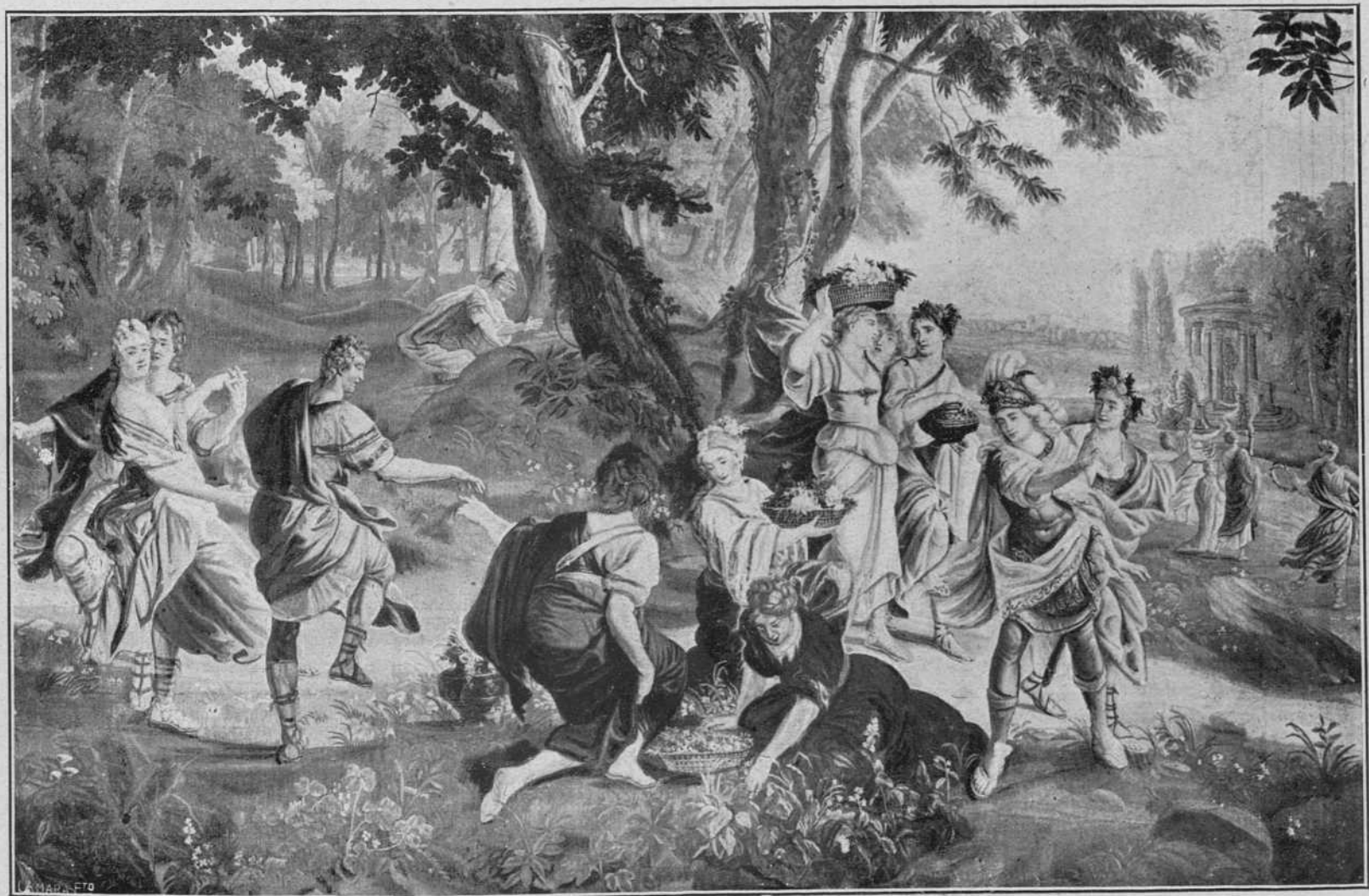


"El descenso de la Cruz", magnífico cuadro de ágata de Carracci (siglo XVI), que se conserva en las habitaciones de Felipe II

FOTS. SOROA



Tapiz de Teniers, que se conserva en el Real Palacio del Monasterio de El Escorial



Tapiz de Rubens representando una escena de "El joven Telémaco", que se conserva en el Monasterio de El Escorial FOTS. SOROA

¡ENCERRAD LOS HÉROES!

La triple llave de los vencidos

La frase trágica de Joaquín Costa «Cerrad con triple llave el sepulcro del Cid» ha tenido ahora una repercusión, una paráfrasis en la capital alemana. En la avenida famosa que lleva el poético nombre de *Bajo los tilos* se alza el severo edificio del Zeughaus, todo él coronado de cascos de legionario romano y de símbolos guerreros. Es el Arsenal, el Museo de las Guerras, el Palacio de las Victorias, la escuela donde el espíritu bélico y la prestanza militar han sido lección viva para las generaciones de todo un siglo.

Enfrente están el palacio del Emperador y el palacio del Príncipe heredero. Desde las ventanas de ambos edificios se contempla el Arsenal como testimonio, que parecía imperecedero, de las glorias nacionales. Se cuenta que Guillermo I, el vencedor de Sedán, el fundador del Imperio, cuando reunía a sus ministros en consejo, ocupaba un sitio desde el que constantemente veía la fachada del Arsenal ó la estatua del Rey militar y filósofo, de Federico el Grande, que, sobre su corcel de bronce y rodeado de los generales de 1813 y 1814, parecía mostrarle el camino de la victoria.

Diríase con razón, aun en los últimos años en que la ciudad de Berlín se transformó en una de las más hermosas de Europa, que así como Roma tiene el Vaticano, y Florencia los Oficios, y Francia su Museo Nacional de Versalles, Berlín tiene el Arsenal. No sólo es como el templo donde se ha refugiado el genio de la raza, sino que es el edificio que parece más hermoso, más proporcional, más severo de la capital. Comparados con las Tullerías, el Hof de Viena, el Palacio de Invierno de San Petersburgo, el Quirinal ó el Palacio Real de Madrid, las residencias reales y los edificios ofi-



El Arsenal, en Berlín

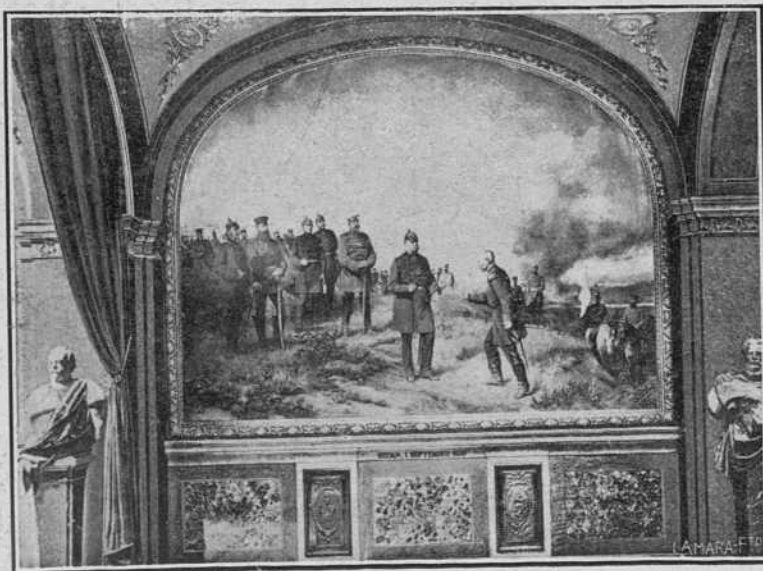
ciales antiguos de Berlín valen bien poca cosa. Sólo el Arsenal puede compararse á aquellas moradas de la realeza y del poder.

En la pobreza de la Prusia de Federico I costó gran esfuerzo llegar á acabar este edificio. Muchas veces el Rey tuvo que entregar el bronce de antiguos cañones y de viejas bombas para pagar á los picapedreros y á los albañiles. Pero aún sobraron cañones, con los que se cogían en los campos de batalla, para rodear el edificio y para sembrar materialmente el suelo, en el gran patio central, alrededor del gigantesco león de bronce, que sobre su pedestal de granito alza al cielo la cabeza, como si, recordando las derrotas en Schleswig-Holstein, implorara para el vencido prusiano el favor divino.

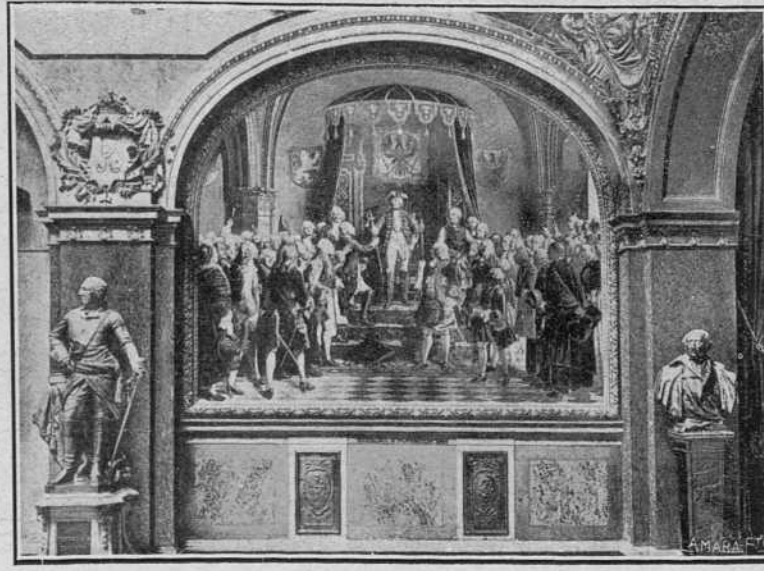
En las galerías se ofrecen á la admiración de las gentes los más diversos ejemplares de cañones: desde el más antiguo que se conoce, acaso el primero que salió de las manos tenebrosas del ignorado genio inventor, hasta los de tiro rápido que espacionaron la desolación en el campo de Sedán. Allí la monstruosa bombardera inventada por Bertoldo Schwartz; allí los tres cañones famosos de Federico I, con sus relieves artísticos *Europa*, *Asia* y *Africa*, que tenían un alcance de cinco mil quinientos pasos; allí la *Bella Paloma*, la espléndida culebrina, fundida en Magdeburgo, esculpida y cincelada con un arte admirable; allí el famoso cañón de Nuremberga, estupenda obra en que el Renacimiento puso sus extremados primores, llegando á hacer de sus ruedas un verdadero encaje; allí los cañones donde los fundidores dejaron una huella de los odios que sentían en figuras simbólicas y en inscripciones; allí el *Alberto-Aguiles*, con el busto, el escudo y la divisa del Elector; allí los cañones que defendían



"La batalla de Düppel", el 18 de Abril de 1864



"Epilogo de la batalla de Sedán", el 1.º de Septiembre de 1870



"Los silesianos rindiendo homenaje á Federico el Grande", el 7 de Noviembre de 1741



"La proclamación del Emperador de Alemania", el 18 de Enero de 1871



"La batalla de Leuten", el 6 de Diciembre de 1757

Estrasburgo y Metz; allí, finalmente, los que habían hollado el suelo francés, llevando todos la tremenda inscripción: *Gott ist mit uns!*... (*¡Dios está con nosotros!*)

Se concibe toda una raza estremecida, alucinada, palpitante en sus peregrinaciones patrióticas á este santuario nacional, donde están expuestas las santas reliquias de la victoria. En los pisos altos se exhiben las armas cogidas al enemigo en diversas capitulaciones; se amontonan en el suelo, cubren los muros como una hiedra trepadora, rodean las columnas; no hay sitio ya para tantos viejos fusiles, para tantos sables enmohecidos, para tantas bayonetas embotadas... Y luego, he aquí los símbolos que tanto subyugan á las muchedumbres; he aquí las banderas de Leipzig, de Woerth, de Estrasburgo, de Orleans y de tantos otros encuentros gloriosos.

Pintores y escultores han hecho caer sus genios de hinojos ante el diablo de la guerra, y han divinizado la idea de la muerte y del sacrificio por la Patria. En la *Sala de las batallas* se nos aparecen, en cuadros murales, desde el Gran Elector de Brandemburgo, destrozando en Fehrbellin, en 1675, al ejército sueco, hasta la coronación de Guillermo en Versalles el 18 de Enero de 1871. ¡Dos siglos de locura militar!

Vemos á Federico I coronándose en Konisberga; trocando su título de Elector de Brandemburgo en Rey de Prusia. Asistimos á la epopeya de Federico el Grande, vencedor en Molwitz, en Czaslau, en Friedberg, en Soor, en Naumburgo, en Gorlitz, en Lewetres, en Mantinea, en Pirna, en Lowositz, en Praga, en Rosbak, en Lisa, en Leuten, en Breslau, en Zorndorff, en Torgau, en

Schweinds, en Neisa, en Lignitz... Se nos aparecen los episodios de 1813 al 1815, como el primer acto de la tragedia que no ha de tener término en la contienda napoleónica; apenas si las guerras de 1864 y 1866 son como ensayos de movilización y tanteo de fuerzas, porque bien pronto contemplamos los lienzos que perpetúan los episodios de la guerra de 1870; ¡la guerra in-

Sarajevo encendió nuevamente las iras de la guerra!

Y ahora se dice al pueblo hambriento y dolorido: *¡Cerrad con triple llave el Arsenal!* Que los niños que han padecido hambre; que han escuchado el clamor desesperado de la viudez de sus madres; que han presenciado el abatimiento de la derrota; que han visto resquebrajarse y caer desplomadas, como en un terremoto, las convicciones que formaban el espíritu de la raza, no conozcan á los héroes del pasado; no rememoren las páginas enorgullecedoras que escribieron sus antepasados; no se enardecen con el espectáculo de los aprestos bélicos; no imaginen que la Fortuna es voluble y alza inesperadamente á las naciones hasta las cimas del poderío, para hundirlas luego en el oprobio... Que no vean los niños al león de bronce que se alza bramador sobre su pedestal de granito en el patio central! Es un símbolo agorero. Es el famoso león danés de Flensburgo. ¡Pregona el recuerdo de una derrota prusiana, y al cabo, los prusianos lo apresaron, lo llevaron al Arsenal, lo sujetaron con cadenas y le pusieron un centinela, para que no intentara volver á los lugares de su gloria! Podrá suceder que una ideología nueva cierre el santuario de las glorias militares que se alza en la avenida *Bajo los tilos*. Durante unos

años estará de moda abominar de Federico y de Moltke, como en España se abominó del pobre Cid; pero, al cabo, un día volverán á escucharse gritos de guerra, y se evocará en todos los corazones la memoria de los héroes, pidiéndoles que enseñen al pueblo vencido los senderos de la victoria.

MINIMO ESPAÑOL

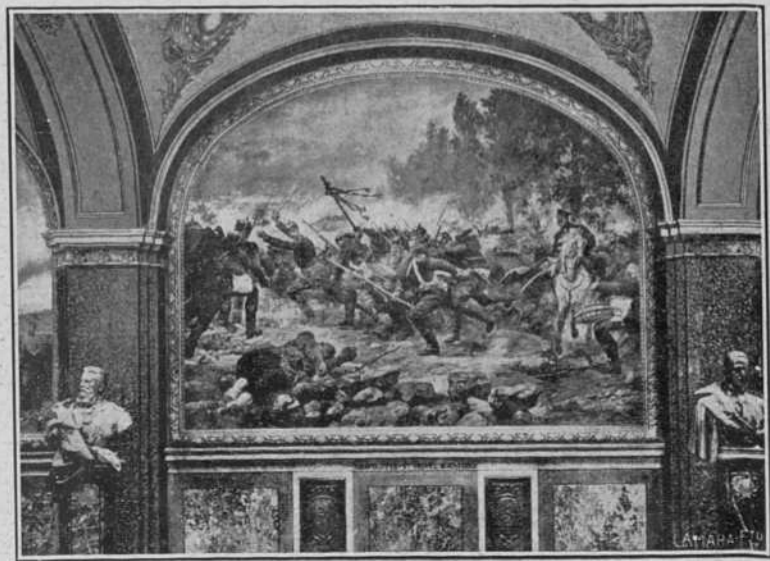


"La batalla de Turin", el 7 de Septiembre de 1706

fame que sembró Napoleón I con sus agravios á la Reina Luisa, que se ha reproducido ahora destrozando á Europa, y que resurgirá nuevamente dentro de diez, de quince, de veinte años!... Están en el Arsenal, como una invocación de nuevos triunfos, Gravelotte; Sedán y la coronación de Versalles, término final de las glorias militares prusianas hasta el día en que el asesino de



"La batalla de Hohenfriedberg", el 4 de Junio de 1745



"La batalla de Gravelotte", el 18 de Agosto de 1870

PAGINAS POÉTICAS



INVIERNO

Invierno triste. El cielo, plumizo y bajo, pesa sobre el alma. ¡Qué llantos ocultos! Se presiente un gran dolor de todo bajo la bruma espesa, y suspira el crepúsculo melancólicamente.

Una estatua de mármol, desnuda y blanca, expresa el alma del silencio que llora en el ambiente; su mirada que duerme, cual si evocara, besa armónica, el encanto de un bello mundo ausente.

En la quietud ruínosa de la glorieta—triste, abandonada y bella—, un hondo sueño existe. La tarde va cayendo... La soledad sorprende.

¡Está todo tan lejos!... Y en su cristal musgoso deslíe la fontana su canto misterioso, que sólo el alma escucha y sólo el alma entiende.

Rafael LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE OCHOA

CAFÉ CON MÚSICA



Es un domingo por la tarde. Lluve, con una lluvia fina que no parece terminar, un chaparrón monótono que enfanga el piso y priva del paseo. Las familias modestas han alterado sus principios y no saben adónde ir; por motivo de esta lluvia pertinaz fracasó en absoluto una jira campestre proyectada desde el domingo anterior. ¿Qué puede hacerse entonces? ¿Dónde pasar la tarde con tanta agua?... El teatro cuesta siempre un sentido, y además «echan» cosas inmorales; al cine va mucha gentuza; el café... sí, el café es un recurso, y tendrán que acogerse á eso.

Así, pues, al café se dirige la familia, no toda la familia, porque los hijos sustrajéronse al yugo paternal desde por la mañana. Sólo van ambos padres, gordos, impasibles, y «la niña», una joven de veinte años con unos ojos muy azules, que son una interrogación entre el paréntesis de las ojeras cárdenas. A su lado va el novio, un Juan Pérez, que tiene buena letra y está empleado en cierto ministerio; claro que gana poco todavía y tardará en casarse, pero es un chico decente del que no hay que temer una calaverada.

Y llegan al café renegando de la lluvia, con rostros descontentos, pretendiendo matar el día á todo trance; y se sientan ante una mesa, la hija y la madre en el diván, los dos hombres enfrente.

Ninguno se halla á gusto en aquel sitio; allí se vocifera demasiado; no hay distinción de clases; se respira un ambiente que sofoca...

Sin embargo, ninguno dice que se aburre, porque no se ha salido en toda la semana, y ya

que no nos divirtamos, nunca está mal hacernos la ilusión de que nos divertimos.

Es curioso observar á estos burgueses fuera de su centro. No los saquéis de la vulgaridad de su vivir, porque se azoran al instante; todo lo que no se proyecta de antemano los encocora y pone de mal humor. Van, pues, al café por no quedarse en casa, aunque lo pasarían menos á disgusto; y ellos no lo confiesan, pero en el fondo están cansados del domingo, queriendo que amanezca el lunes para cerrar aquel inciso abierto en la sucesión formulada y metódica de los otros días. Así están de aburridos, bostezando con el tedio en el rostro, cuando les sirven el café, que se disponen á tomar con beatitud.

... Y mientras ambos padres y el novio de la hija saborean la infusión con un refinamiento sibarítico, la muchacha restó un segundo al horario monótono de su existencia regular. Allá, algo lejos, el piano y el violín dicen preludios de una música; la gente ha enmudecido, y en la quietud estática, las notas pegajosas de un vals lento, *Quand l'amour meurt...*, surgen divinamente cursis en su armonía sentimental y lánguida:

Lorsque tout es fini...

Ofelia ha renacido en la futura de Juan Pérez, y ante el dulce murmullo de las notas cristalizaron sus ensueños... No se acuerda del novio, aquel novio que la contempla desde enfrente, y que en vez de entonarles himnos de amor, como el vals que tiembla en sus oídos, parece que habla, todo prosa, en *resultandos* y *considerandos*; no se acuerda de aquellos pa-

dres rectilíneos y pueriles que terminan su vida sin saber nada de la vida; ni de las horas tristes de las tardes lentas que tuvo que pasar bordando sobre el bastidor, en compañía de su madre, mientras papá y el novio, ausentes, trabajaban.

Vuelan más altos sus delirios, y oyendo aquella música aprendió ignotas cosas que jamás la dijeron sus padres ni su novio; piensa que en el mundo debe haber algo más que el cándido rosario de los hechos previstos y el matrimonio sin desinterés; enloquecida, en un transporte, la flor burguesa se pierde en el azul de algo quimérico; aquellas notas que sucumben con un mariposeo tenue la revelan por un minuto lo bello de la vida, llevando á sus absortos ojos encantadas visiones y á sus labios febriles cosquillear de besos...

¡Suave poesía la de esta virginal muchacha, que suspira por amores extrahumanos y hunde su sér en los misterios de algo sentimental que no comprende, que sabe deshojar en la melancolía de un vals muy pasado de moda todas las rosas blancas de su espíritu blanco, y quieta, en actitud de iluminada, se sumerge en el mar nervioso de un deliquio!

Pero el encanto ya está roto.

Murió el vals sollozante en un postrer gemido, y volvió á oírse la charla de la gente más que nunca.

Ella, tranquila, sorbió el café con lentitud, dijo una necedad su novio, se rieron...

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

DIBUJO DE PENAGOS

LA PINTURA ESPAÑOLA EN AMÉRICA
LA EXPOSICIÓN BOU



"El goce de vivir", cuadro de J. Pradilla Ortiz

DE realmente excepcional puede calificarse la Exposición que Justo Bou organiza en estos momentos para Buenos Aires. Será la décima de la serie y tal vez la más importante de todas las suyas, siempre nutridas de obras y selectas de firmas.

Primero en unión de su hermano Cristóbal y después solo, Justo Bou lleva con estas Exposi-

ciones un resumen de la pintura española contemporánea, desde los viejos maestros, fieles aún a la tradición del siglo XIX, hasta los maestros jóvenes que tienen ya definida una personalidad en los comienzos del siglo XX.

De este modo Justo Bou realiza una labor interesante y patriótica, que los artistas son los primeros en agradecerle, y a la que conviene

Anselmo Miguel, Romero de Torres, Zubiaurre, García Ramos, Mongrell, Alcalá Galiano, Martínez Vázquez, José Benlliure, Verdugo Landi, Cardona, Cristóbal Bou, etc.

Hablemos de algunos de estos cuadros, que autorizan el comentario crítico.

Ante todo, Anglada da el prestigio de modernidad a esta exhibición de pintura española.



"Pelando la pava", cuadro de J. García Ramos



JUSTO BOU
 Organizador de la Exposición de pintura española, próxima a inaugurarse en Buenos Aires

otorgar de cuando en cuando aquella atención exigida por el doble éxito económico y artístico que representa para nuestra pintura.

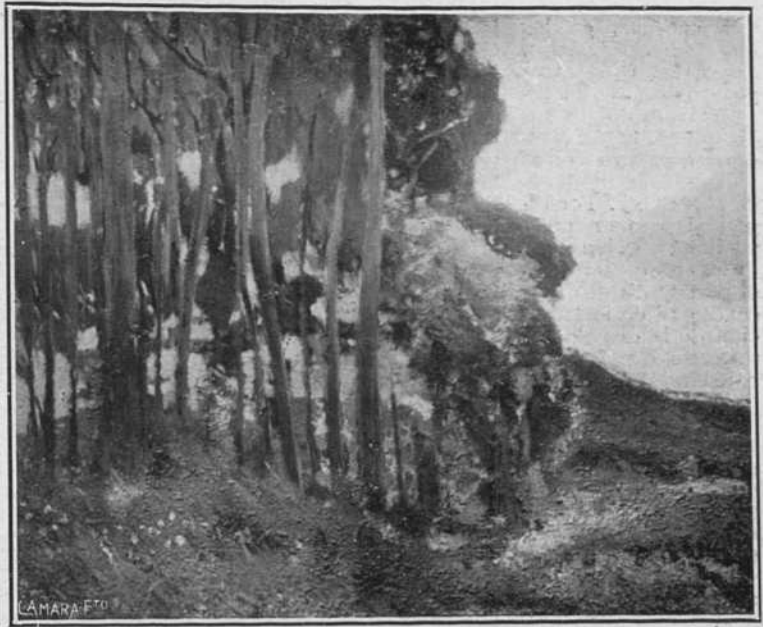
Actualmente, Justo Bou prepara, como decimos, la mejor de cuantas Exposiciones ha organizado. Lleva ciento setenta y cinco obras, y en el catálogo figuran los nombres de Rosales, Anglada, Sorolla, López Mezquita, Bilbao, Chicharro, Mir, Pradilla, Moreno Carbonero, Nestor, Hermoso, Benedito,



"Las hilanderas", cuadro de J. Moreno Carbonero



"La vuelta de la pesca", cuadro de Joaquín Sorolla



"Paisaje", cuadro de Joaquín Mir

En la reciente, internacional, de Bilbao volvimos á ver el conjunto fastuoso de su arte, presentado con todos los honores debidos. El Museo de Bilbao adquirió por una suma casi fabulosa en España, y por suscripción popular, uno de sus lienzos mejores. Simultáneamente que á muchos jóvenes pintores españoles, Anglada ha influido sobre muchos pintores argentinos. Va bien, por lo tanto, al frente del catálogo con sus cuadros pequeños de dimensiones, pero amplios de concepto, con la riqueza y brillantez de sus calidades, trabajada con un dominio técnico y un talento esencialmente pictórico.

Cinco ó seis cuadros de Sorolla figuran también en la Exposición Bou. Casi todos ellos notas levantinas, de mar y de aire libre; evocaciones esplendorosas de esa playa de Valencia que él ha hecho pasar inmortalizada á la historia de la pintura. Retornos de barcas á la áurea luz de Poniente; pescadores como el del lienzo titulado *Sol de invierno*, arrastrando la masa blanca de la vela á contramar azul, y la deliciosa silueta de la nena medio desnuda, como en el titulado *Al agua...*

Esta característica del arte de Sorolla es la más simpática y la más valiosa, desde luego, de su personalidad. Sorolla fué el precursor de la moderna pintura airelibrista de España, y sus temas levantinos lo mejor de toda su obra.

Además, en la Exposición Bou encontramos un Sorolla de la primera época de la juventud del artista en Roma, bajo la influencia de la monomanía retrospectivista. Su *Mesalina en*



"Pepita, la Gitana", cuadro de Aureliano Miguel Nieto

brazos del gladiador recuerda por el tema, y un poco por la manera, los lienzos de aquella década del 80 al 90 del siglo pasado; pero ya en él se adivina la visión amplia y la garra poderosa.

Una sutil melancolía despierta en nosotros estos dos cuadros de José García Ramos: *Pelando la pava* y *Salida de un baile de máscaras*. Varias veces los han reproducido—sobre todo el primero—las revistas ilustradas. *Pelando la pava* pertenece á la serie de lienzos andaluces tan inconfundiblemente de García Ramos. *Salida de un baile de máscaras* es una página plena de gracia y de movimiento.

García Ramos fué un gran costumbrista. La Sevilla popular de antaño y de hogaño quedó plasmada en sus cuadros con una deliciosa mezcla de sano humorismo y de alegría cromática.

Joaquín Mir ha entregado dos paisajes. Uno con esos árboles altos—*Los árboles altos* se titulaba precisamente el más bello tal vez de los expuestos ahora en Bilbao—que tanto ama pintar y que parecen dotar al cuadro de grandeza espiritual más allá de las proporciones del lienzo.

El otro es *Aguas de Moguda*. El título recuerda ya aquellas *Aguas de Moguda* que fueron la culminación del paisaje en la Nacional de 1917.

El título y la pintura también. He aquí el romanticismo del color, la ensoñada vaguedad de los tonos, el misterioso encanto del agua y de la fronda insinuadas con una hiperestesia pictórica que sólo Joaquín Mir sugiere.

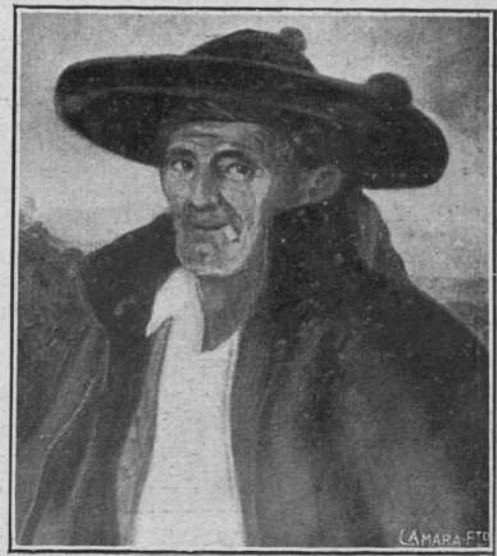
López Mezquita, recio, sobrio siempre. Sus



"Pescadores valencianos", cuadro de José Mongrell



"El santón", cuadro de José Beaulieu



"Tipo huertano", cuadro de Cristóbal Bou

tres cuadros, en los que todavía trabaja, responden á esa trayectoria de castizo españolismo que no abandona. López Mezquita está ahora en la más granada madurez de su talento. Por algún tiempo se pudo vacilar en quién sería de los contemporáneos el puro y directo descendiente de la tradición de la escuela netamente española de aquel realismo austero y palpitante de Velázquez. Nosotros, que seguimos paso á paso, con un fervor entusiasta, al joven maestro, no hemos dudado nunca. López Mezquita es quien continúa verdaderamente esa tradición española.

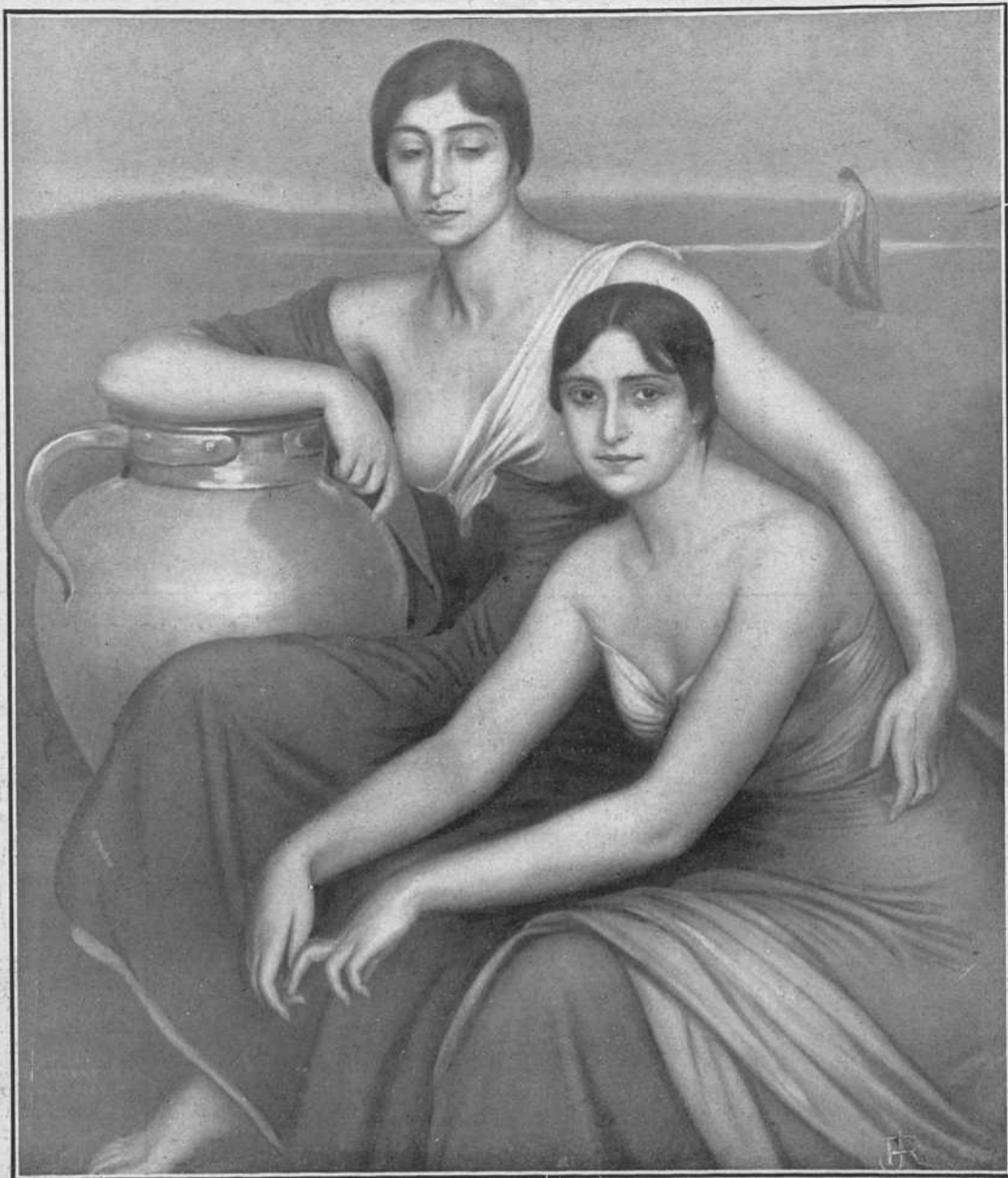
De Pradilla se destacan dos cuadros diferentes de tema, pero ambos representativos de su temperamento: *El goce de vivir*, fantasía, y *Viento en Semana Santa*, que figuró en la reciente Exposición española de París, donde se ve á unas cuantas muchachas ataviadas con mantillas blancas ó negras en plena calle de Alcalá.

De Moreno Carbonero figuran *Con la música á otra parte* y *Las hilanderas*; notas ambas de luz muy andaluza, y muy típicas también del Moreno Carbonero de hace veinte ó treinta años.

José Mongrell remite varios cuadros de mar y de aire libre. Mongrell es un sorollista convencido, un entusiasta del credo del autor de *Triste herencia*. Sus lienzos tienen un brío y una distinción muy personales.

Carmen y Agustina se titula el cuadro de Julio Romero de Torres. La composición y agrupado de las figuras recuerda un poco el cuadro *Marta y María*, del mismo autor, y ello se dice como elogio, ya que era *Marta y María* una de sus obras más interesantes.

Hermoso da siempre su fragancia campesina, sus figuras infantiles dotadas de ingenuo en-



"Carmen y Agustina", cuadro de Julio Romero de Torres

canto. La madurez vital, coincidiendo con la madurez artística, hacen que estas recientes obras de Eugenio Hermoso tengan un reposo, un equilibrio ponderado que no daña lo más mínimo á la ingenuidad expresiva de sus figuras.

De José Benlliure, que actualmente resume en la Exposición del teatro Real toda la inquietud estética de su larga vida, van dos aspectos diferentes: los cuadros marroquíes y el cuadro *Haciendo experimentos*, que pertenece

á esos sombríos y misteriosos, donde las viejas enigmáticas se calientan al fuego en las humildes cocinas aldeanas como brujas en noche de aquelarre.

De los cuadros marroquíes, *El Santón* alcanza una importancia decisiva. Pintado con amplitud defectuosa, conserva, sin embargo, aquella cariñosa minuciosidad que gustaba de poner en su pintura de los ya un poco lejanos tiempos de Roma, cuando prevalecía el gusto por las tablitas fortunyanas.

De Gonzalo Bilbao se expone *La fábrica de tabacos de Sevilla*. En reducidas proporciones — aunque no pertenezca al gran número de apuntes para el cuadro grande del mismo título —, da la sensación animada del ambiente y de las figuras y de la vida bulliciosa de la fábrica sevillana.

Anselmo Miguel Nieto envía *Pepita la gitana*.

Hace algún tiempo que Anselmo Miguel no expone en Madrid. Desde su exposición en los salones de *La Tribuna*, el público no ha tenido ocasión de ver sus obras. De cuando en cuando alguna revista reproduce algún retrato femenino. Nosotros, en su estudio, hemos ido siguiendo la evolución del joven maestro, acusada de un modo culminante en cierto desnudo que es tal vez una de sus más bellas obras.

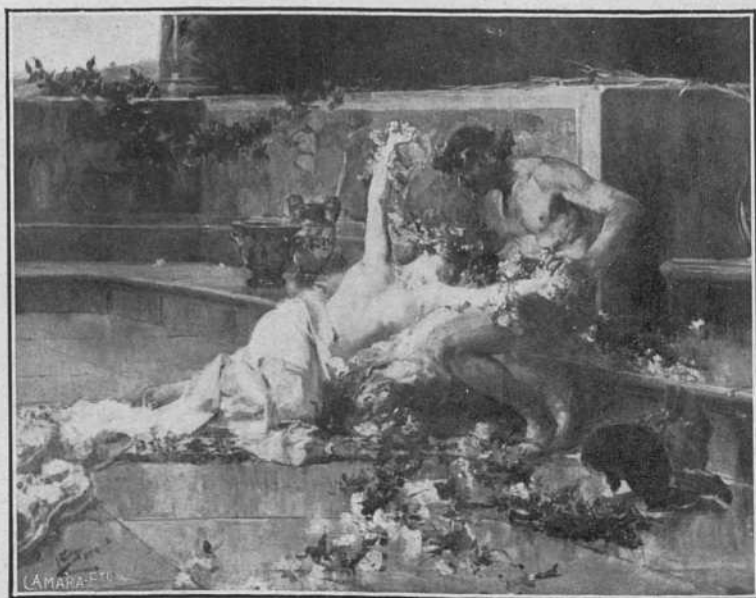
Ahora *Pepita la gitana* precederá en Buenos Aires la exposición que Anselmo Miguel prepara desde hace un año.

Finalmente, hay en el catálogo dos obras de Alcalá Galiano, una de las cuales, *En el mercado*, es una afortunada visión de aldeanas gallegas; una *Marina* de Ricardo Verdugo Landi, maestro en el género; un paisaje de Martínez Vázquez, y el *Tipo de huertano*, de Cristóbal Bou.

SILVIO LAGO



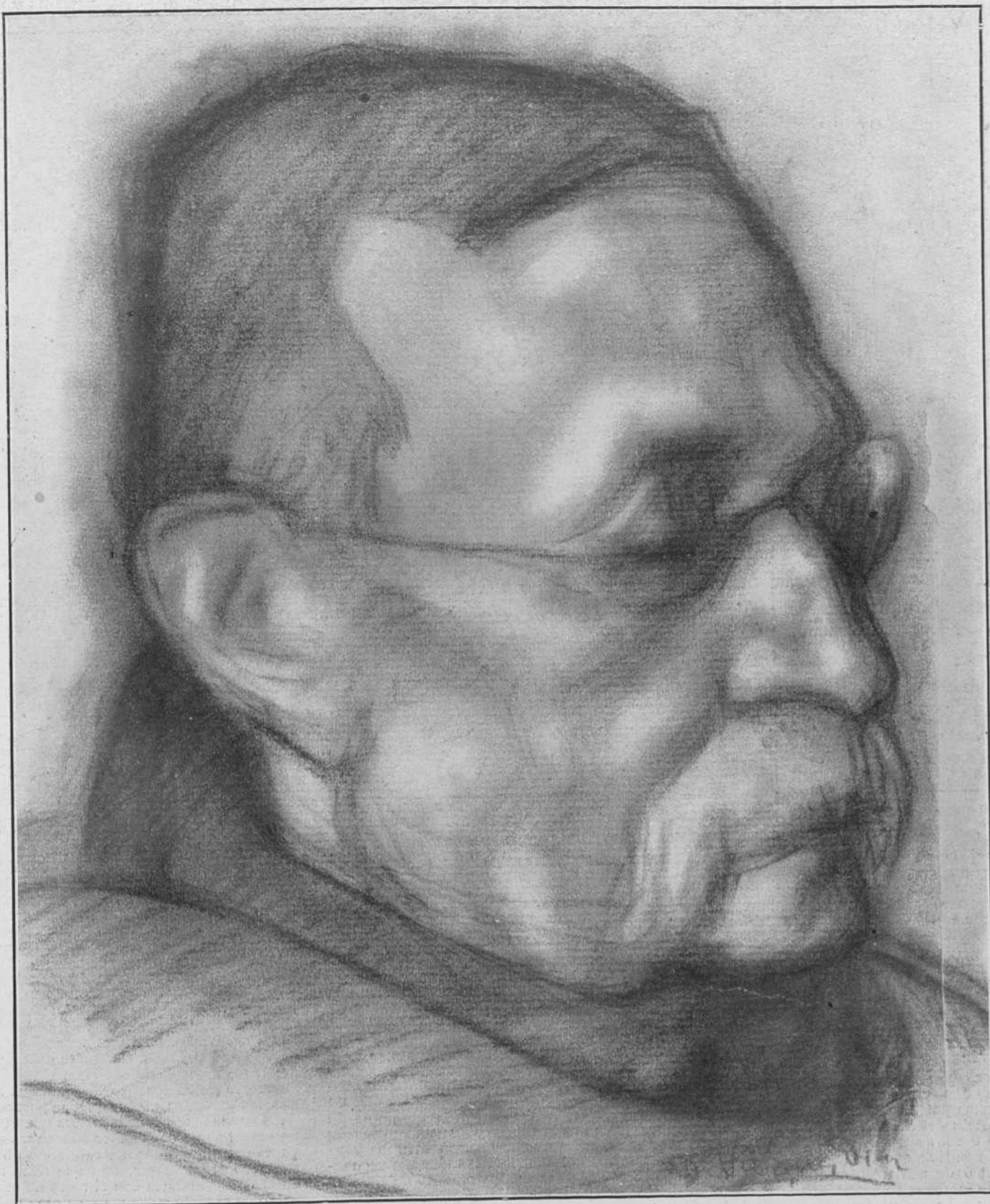
"La Fábrica de Tabacos de Sevilla", cuadro de Gonzalo Bilbao



"Mesalina en brazos del gladiador", cuadro de Joaquín Sorolla

FRENTE AL ROSTRO
DE GALDÓS

HUMANO É INMORTAL



DON BENITO PÉREZ GALDÓS

APUNTE DEL NATURAL POR VÁZQUEZ DÍAZ

Las facies viejas, aradas por los años, patinadas por el recuerdo de lo pretérito, ofrecen una pródiga elocuencia de la cual carecen los rostros juveniles, las astutas ó expertas fisonomías en la madurez. Los jóvenes viven turbulentamente hacia afuera. Su expresividad afectiva tiene repetido y monótono carácter uniforme. Las pasiones, aún entregadas al impulso torpe del instinto, si son un espectáculo optimista con sus arrebatos generosos, audaces y alegres, son demasiado iguales para el espectador que anduvo antes el camino y vuelve la mirada hacia atrás desde la colina.

Cuando promedia la edad; cuando los cabellos se aclaran ó empiezan á agrisarse; cuando

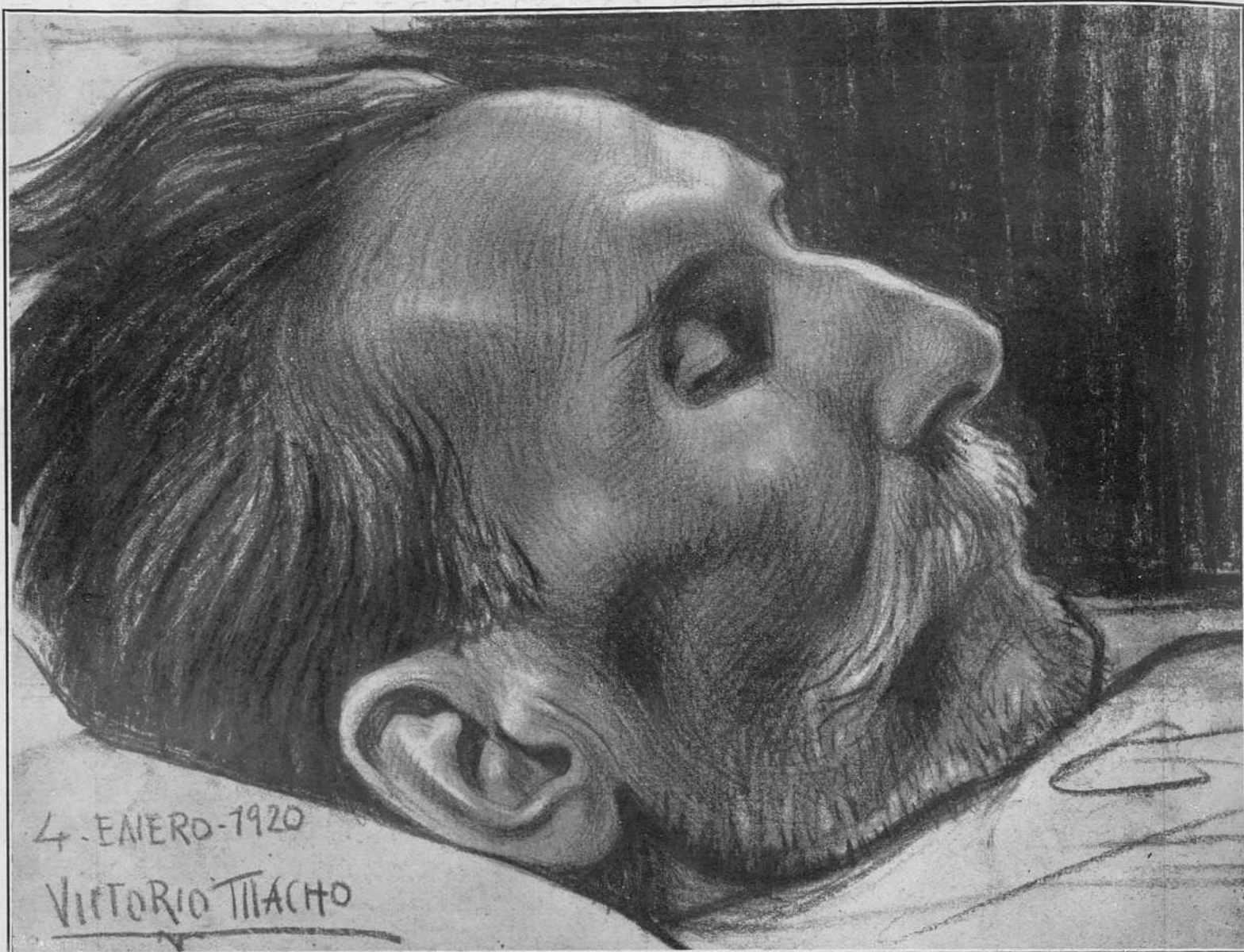
en torno suyo el hombre ve crecer sus hijos ó siente el desamparo de la soltería; cuando ya la turbulencia se cambia en acto reflexivo y se equilibra la existencia interior con la vida externa, adquieren las facies humanas algo de hermético y de retador á la inquisición ajena. Los ojos, acostumbrados al desengaño y al reverso, salvaguardan los pensamientos. En la boca hay más preguntas que respuestas, y ya la alegría, el dolor, la esperanza, el desaliento, no alteran, como en las indefensas adolescencia y juventud, el color de las facciones.

Fácil y monótono el estudio del rostro juvenil; difícil y poco grato ante el rostro maduro, se hace en cambio amable y cautivador frente á la vejez.

Los viejos ya viven mansamente hacia dentro. Las pasiones son, ó mortecinos rescoldos ó ya encenizada frialdad. Sus miradas son una despedida, una súplica ó un éxtasis. Podemos contemplarles impunemente, porque ellos no nos ven ó no les importa vernos.

Únicamente los ciegos logran antes ese desligamiento de la vida externa. Tersas ó rugosas sus facies, nos atraen con el enigma desdeñoso de la sonrisa que no sabemos de dónde brota, del reposo mudo que ignoramos dónde descansa.

Imaginad entonces cómo este hermetismo se diviniza al unirse la ceguera y la vejez para ocultar más hondo el espíritu y dotar de mayor serenidad la testa senil!



Galdós yacente

APUNTE DEL NATURAL POR VICTORIO MACHO

Cuando pude contemplar de cerca y despacio, con esos largos silencios que autoriza la amistad, el rostro de Galdós, Galdós era ya viejo, y las densas sombras que le nublaban la vista iban á cuajarse en la ceguera absoluta.

Vi aquel rostro, popular en más de cincuenta años de historia española, sobre mí cuando el maestro, de pie, dejaba caer las palabras desde su elevada estatua; le vi al nivel del mío cuando el viejo se esforzaba en el inútil empeño de asociar la expresión del rostro con la voz de quien le habla; le vi, más que nunca, tendido sobre el respaldo del sillón, silencioso, absorto, distanciado de cuanto le rodeaba.

Era entonces más él, más dotado de su vulgaridad aparente y de su poderosa genialidad interior.

Si hubiésemos podido olvidar en un instante toda la sugestión del conocimiento de quien era Galdós; si le encontráramos, como á un desconocido, en la furtiva convivencia de un vagón de ferrocarril ó de una mesa de hotel, Galdós habría pasado inadvertido é ingrátido á nuestra observación y sobre nuestra memoria.

Así era de insignificante su rostro. Pero así también, de un extraño poder atrayente, cuando la mirada iba más allá del bigote lacio, de la piel terrosa, la frente no muy ancha y las horribles gafas negras. Rostro de oficinista, de rentista humilde, de militar retirado sin llegar á elevados puestos, de maestro pueblerino que no alcanzó la amplitud intelectual de los modernos organismos pedagógicos. Y, sin embargo, de la oficina de su literatura fué saliendo toda la enorme labor de las novelas, los episodios y los dramas que nadie antes de él, ni después, ha superado ó igualado; pudo vivir de sus rentas como un magnate; le siguieron más entusiastas y conscientes muchedumbres que pudieran llevar á la muerte los generales, y extendió la cultura del pueblo español más allá y más eficaz que la desperdigada con títulos oficiales del ministerio de Instrucción pública.

A veces Galdós levantaba las gafas sobre la frente. Aparecían entonces dos puntos oscuros, mortecinos, hundidos en el fondo de las cuencas orbitarias.

La nariz, un poco larga, caía sobre el bigote blanquecino, lacio en ocasiones, en otras levemente retorcido hacia arriba por la mano flaca y nerviosa del maestro, y siempre amarillento en el centro por el tabaco.

Hablaba lentamente, con una voz ronca, y sin que nada le cambiara en el rostro tranquilo. Siempre fué parco de palabra y amigo de escuchar las voces del mundo; pero más que nunca en los cotidianos éxtasis de sus últimos años.

Y suavemente, sencillamente, con ese raro hechizo que tiene la clara prosa galdosiana, la de giros populares, la de graciosos desgaires de conversación familiar y donosas ocurrencias de sana ironía, aquel rostro se transfiguraba y en él se veía toda el alma humana que él fragmentó en tantos centenares de personas de existencia mediocre y espíritu grandioso.

También, con esa curiosidad apasionada que los nietos cotejan á veces el rostro conocido del abuelo con los otros desconocidos que pálidos retratos han ido fijando á lo largo de los años, yo procuraba evocar en este Galdós semiapagado, semiyacente, caído en su sillón, en su ceguera y en su ancianidad, los sucesivos y anteriores.

El Galdós adolescente, moreno, con las pupilas obsidiánicas y el bazo negrísimo, que el 1862 presentaba tres cuadros pintados por él en la Exposición provincial de Santa Cruz de Tenerife; el Galdós romántico que soñaba con estrenar dramas en verso por los años de 1866 á 1868; el Galdós de *Electra*, y aquel otro voluntario, que se dejaba arrastrar por los republicanos á los mítines y ofrecía entre la vocinglería y los descompasados ademanes de los oradores la rigidez severa y silenciosa de su figura...

ooo

De pronto, después de algún tiempo de no ver

el rostro de Galdós, me encuentro de nuevo frente á él. No tengo que levantar la cabeza como al hablarme en otro tiempo el maestro desde su elevada estatura; no le siento respirar junto al mío como al buscarme inútilmente la expresión fervorosa que siempre debí tener cuando le hablaba; no le veo á cierta distancia sobre el respaldo del sillón, con las gafas sobre la frente y los menudos puntos de los ojos vagamente perdidos en la faz terrosa. Está debajo de la mirada humana, en el suelo, en el fondo del ataúd.

Y, maravillosamente, el rostro de Galdós no parece el de Galdós. La frente es más espaciosa; el pelo gris que lamía laciamente su cráneo se aborrasca en dos mechones libres á ambos lados; los párpados, al cerrarse, no parecen ocultar unas pupilas muertas años antes que el corazón. Las mejillas parecen haber aún engrosado y levantan un poco el bigote, este mismo bigote que tampoco es ya vulgar, sino que tiene una clásica misión estatuaria con el resto de la cara.

No es el Galdós humano, es el Galdós inmortal. Su rostro tiene ahora la augusta grandeza de una revelación ultraterrena. Todos los retratos anteriores se borrarán ante la enérgica visión de este último rostro. Y, sin embargo, yo creo haber visto antes esa máscara serena de la inmortalidad. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Tal vez la estatua de Victorio Macho en el Retiro pueda contestar. Ella resume para siempre el Galdós humano y el Galdós inmortal. El Galdós cotidiano que soportaba su miseria económica y su miseria fisiológica, pero también el Galdós de más allá de los siglos, que ocupará en la historia de la Humanidad un puesto al lado de Esquilo, de Homero, de Shakespeare, de Cervantes, de Balzac, y á quien el Gobierno español no ha querido enterrar con los honores de un simple ministro porque Galdós no desempeñó «ningún cargo político importante».

José FRANCÉS

REGRESO



Largas tardes campestres,
 alamedas rosadas,
 aire delgado que el aroma apenas
 sostiene de la acacia,
 huerto, pinar... Llanuras de oro viejo,
 azul de la montaña...
 Esquilas del arambre
 y balido sin fin de la majada,
 en el silencio claro...
 adiós, adiós, que la ciudad me llame!

+++

Maravillosa noche, estremecida
 por el rumor del agua
 y el fulgor de los astros—
 imán de la mirada
 perdida en lo insondable

de la eterna pregunta...— (El grillo canta,
 corre la estrella, el aire
 suspira entre las ramas.)
 Sueño tranquilo y sano,
 velado por las plantas
 humildes de la tierra y por el bravo
 eucalipto que asoma á mi ventana...
 Noche de paz y de salud y sueño,
 adiós, adiós, que la ciudad me llame!

+++

Allegro matinal, tímida gloria
 y milagro de nácar,
 á las corolas risa,
 trino á las aves y delicia al alma,
 aire en las sienes, despertar, eterna
 juventud, ¡oh, mañana!

que abres los ojos y las rosas, dulce
 y poderosa gracia...
 Mañana de mi huerto, suave y pura,
 adiós, adiós, que la ciudad me llame!

+++

¡Me llama la ciudad—que ignora el cielo,
 y la tierra y el agua,
 y el sol y las estrellas—,
 febril y jadeante, apresurada,
 sonora de metales,
 infecta de palabras!

Manuel MACHADO

DIBUJO DE ZUBILLAGA

La Papelera Española en la Exposición de Ingeniería

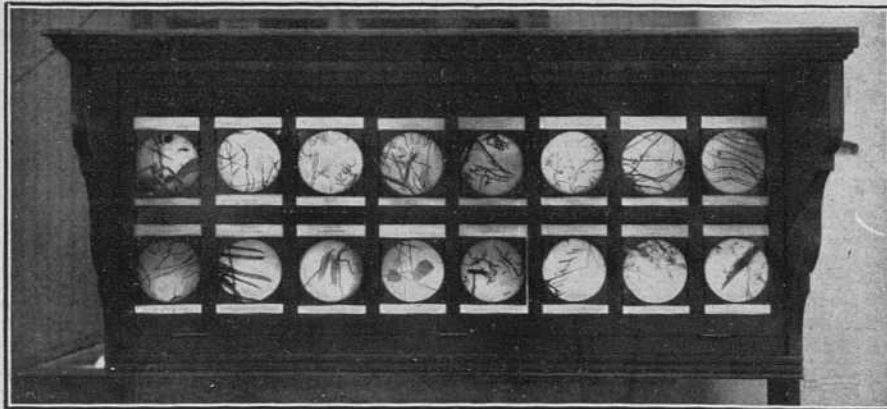


Bobina de papel para impresión, de 46 gramos por metro cuadrado, 2,65 metros de ancho, 5 kilómetros de longitud y 600 kilos de peso, fabricada en Rentería

UNA de las instalaciones que más han llamado la atención en la Exposición de Ingeniería, como hemos dicho en uno de nuestros números anteriores, ha sido la de «La Papelera Española».

La principal y más importante productora de papel de España no ha omitido sacrificio alguno para dar á conocer al público, grátcamente, todos los esfuerzos que ha tenido que realizar, á fin de dotar á su país de una industria de gran producción potencial, con elementos propios, que pueda surtir por completo el mercado nacional en cualquier momento, por extraordinario que éste sea.

Así, por ejemplo, exhibe, desde la bobina grande de papel para periódicos, con una longitud de 4.900 metros, 600 kilos de peso y 2,65 metros de ancho, hasta la bobina pequeñísima de cinta telegráfica, que sólo pesa 200 gramos, y tipos de una porción de artículos mani-



Colección de microfotografías de diferentes fibras vegetales que se utilizan en la fabricación de papel

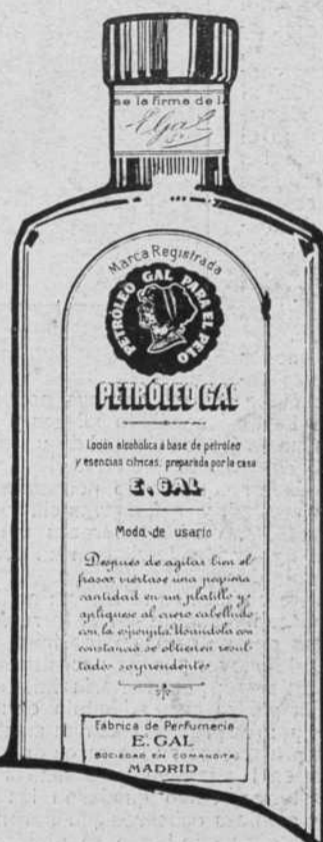
FOTS. SALAZAR

pulados, como estuchería, carnets, libros, sobres, etc.

Ofrece asimismo á la vista del público muestras de las primeras materias que intervienen en la fabricación del papel, y una colección de fotografías de todas las fibras vegetales que hoy se emplean en su elaboración.

Resalta en su instalación un mapa con el esquema de la organización técnica, industrial, administrativa y comercial de la Sociedad, y una porción de fotografías y gráficos, relacionados todos ellos con dicha industria.

La mejor prueba del esfuerzo realizado por esta Compañía está en que cuando se constituyó, el año 1912, sólo elaboraba alrededor de veinte mil toneladas anuales, y hoy excede su producción de cuarenta mil toneladas, dando colocación en sus fábricas y talleres á muchos miles de obreros.



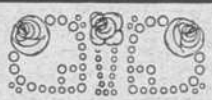
Este mechón de pelo para mis papás,
como recuerdo del que
me ha crecido gracias al

PETRÓLEO GAL

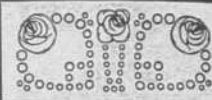
Da vigor y flexibilidad
al cabello.

Veinte años de éxito creciente garantizan su eficacia.





LOVAINA



HASTA este momento todos los parajes recorridos dan una impresión de fuerza, de vida, de intenso renacimiento. La barbarie destructora ha sido superada por la voluntad, la inteligencia y el trabajo; la ley de la vida que quiere que por cada cosa que muere renazcan otras más llenas de energía, se ha cumplido una vez más. Vemos ciudades belgas, que el enemigo dejó en escombros, levantarse más grandes, bellas y poderosas; industrias aniquiladas al parecer por los alemanes, renacer, como el Fénix mítico, de las ruinas de las fábricas y almacenes; campos que fueron de desolación convertidos en feraces predios, y así, el hombre, que no quiere morir, respira aliviado de un gran peso.

Ha sido inútil que los ejércitos teutones hayan demolido pueblos enteros con sus poderosos obuses, que hayan incendiado mieses y talado árboles; la maravillosa voluntad de un gran pueblo ha hecho en meses lo que ellos deshicieron en años, más por equivocado pensamiento político que por maldad, y así, nuevas ciudades pueblan las campiñas, verdes y feraces muestran los prados y donde derribaron un árbol álzanse al presente dos.

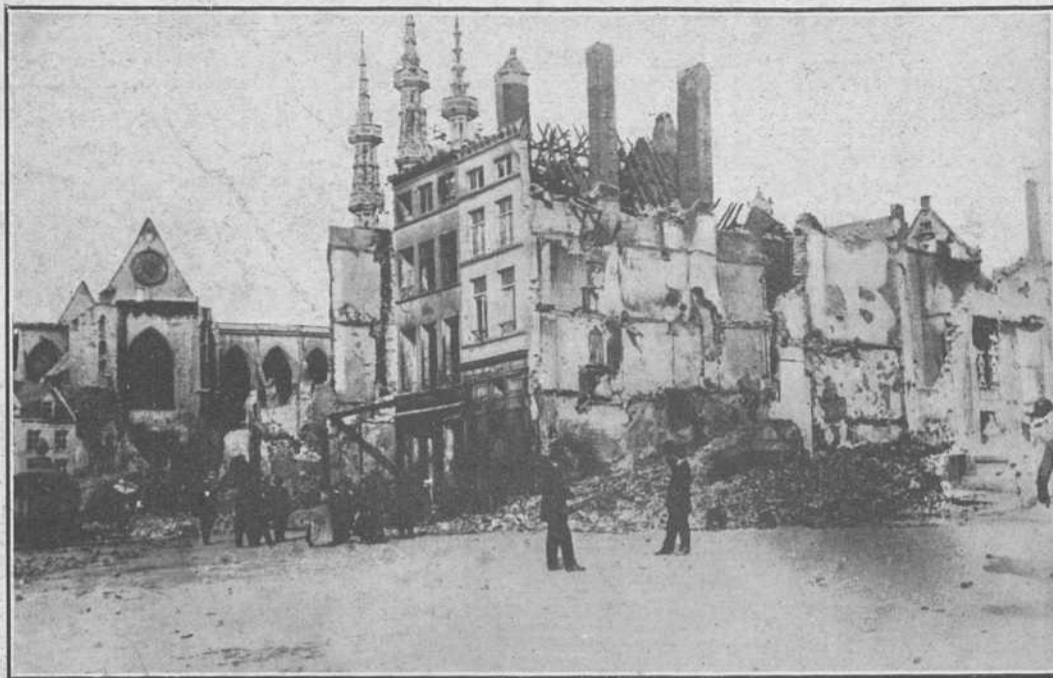
Pero donde vamos ahora es otra cosa; aquí la crueldad, queriendo imponerse por el terror, ha destrozado cosas que no está en las humanas fuerzas levantar de nuevo: porque necesitábase del concurso del tiempo; porque haría falta que siglos puliesen la piedra convirtiéndola en maravilloso márfil; porque precisaríase que muchas almas quedasen prisioneras en los raros arabescos, embrujadas en las fantásticas alimañas de gárgolas y cresterías, como quedaron las de esos admirables artifices oscuros que dieron la vida entera a una obra que luego se olvidaron de firmar.

ooo

Vamos en el auto hacia Lovaina. El camino, aunque muy bello, es menos alegre, menos pleno de gentes, menos poblado de ciudades. Es más grave, más perfumado; el paisaje tiene tonalidades grises y violetas que se confunden con la gama de verdes para trazar algunas veces una perspectiva lejana, melancólica, una perspectiva de *Sitio Real*, llena de mustio encanto, uno de esos panoramas hechos para estar inhabitados, todo lo más para dejar aparecer, andando lentamente, una pálida princesa de balada, seguida de una vieja dueña sorda y ciega, dos bufones horrendos y unos lebreles elegantísimos.

Por aquí deben de haber sido mucho más violentas las represalias del invasor contra el noble y generoso pueblo belga, mucho mayores sus desmanes. Vense, en efecto, campos estériles; otros que los esfuerzos del hombre apenas si consigue comenzar a hacer feraces; castillos en ruinas en que los dueños se han improvisado habitaciones modestísimas, de colonos, para, con espíritu moderno y práctico, antes de volver a pensar en la parte ostentosa de su vida, ocuparse de rehacer sus bienes, de crear riqueza, de mirar por su bienestar y por el bienestar de todos los que de ellos dependen.

A ambos lados del camino vense grandes árboles caídos en tierra; troncos centenarios que da dolor pensar lo que debieron ser en la gracia noble, un poco fría, de estos paisajes. Súbitamente tenemos un sobresalto de temor: acabamos de ver la primera ruina, pequeña, íntima, la que no tiene la teatralidad magnífica de los castillos; la que representa un drama minúsculo, mísero, vulgar, el drama del hogar en ruinas, de



Antiguo mercado de Lovaina

la familia errante, del pobre bienestar destrozado para siempre. Como en Francia, en las regiones invadidas las ruinas comienzan a sucederse, a aglomerarse, a formar montones de escombros, que debieron de ser aldeas, pueblos, villas. Por doquiera se ven muros agrietados, ennegrecidos, tejados hundidos, casas de que no quedan en pie sino unas paredes a medio derrumbar. Pero eso no es nada aún. Ahora llegamos a Lovaina, la bella urbe encantada, que tenía la gracia de un viejo relicario de orfebrería, la nobleza de una ejecutoria; Lovaina que, como Venecia ó Toledo, debía conservarse eternamente para orgullo de los hombres.

Calles enteras están borradas; hileras de edificios en ruinas, templos, palacios, comercios, fábricas; todo, todo quemado, hundido, arrasado. Nadie creería que era un gran pueblo como el alemán el que había pasado por aquí; creeríase más bien en las hordas de Gengiskan ó Attila. Quiero hacer una aclaración: creo al pueblo alemán un gran pueblo, creo que para bien de Europa no debe ni puede desaparecer; es más: paréceme que precisa su intervención en la marcha del mundo; pero creo que equivocóse al em-



Una puerta de la Universidad de Lovaina

prender una lucha a vida ó muerte, en que, como en toda lucha a la desesperada, cualquier arma le parecía buena. El pueblo alemán erró al querer imponer al mundo por el terror sus virtudes y también sus vicios, y, lo que es peor, equivocóse aún al no rectificarse sus puntos de vista. El mundo es muy adulto ya para otreerle, como a un niño malo, el premio con una mano, mientras se blande un látigo con la otra. Admiro a Alemania en lo que tiene de admirable, en su perseverancia, en su energía, en su abnegación, en su fe, en su entusiasmo; pero me repugna en su deseo de imponer al mundo una disciplina cuartelera sin inteligencia y sin individualidad. Ruinas por todas partes. Pero aún no estamos; presagiamos que vamos a

llegar, y súbitamente sentimos el angustiado honor de contemplar con los ojos las ruinas que constituyen un baldón para el pueblo que las hizo, una afrenta a la cultura, al arte, a la ciencia, a la Historia: las ruinas de la Universidad de Lovaina. De ella no queda nada absolutamente; lo que fué pasmo y asombro es un montón informe de piedras. Entonces pienso cómo podría remediar la Humanidad tamaño desafuero, cómo redimirse del pecado, concretar la mancha al pueblo que lo cometió.

Todas las naciones civilizadas de la tierra; todas las que heroicamente tomaron parte en la pelea al lado de Bélgica mártir; las que generosamente, sin ir a los campos de batalla, prestaron el apoyo de su simpatía; las que fueron neutrales y mezclaron sus lágrimas a las lágrimas de las madres y esposas belgas; debieran levantar a sus expensas de nuevo la Universidad de Lovaina tal y como era, sin cambiar una piedra, ni un capitel, ni un friso, y no eso tan sólo, sino hacer de ella uno de los centros de cultura europea; convergir la vida intelectual a ella; crear allí cátedras de países varios; rodearla de Residencias de estudiantes; fundar becas, pensiones, premios; santificarla, trasformarla en un símbolo, en una meta ideal.

España, que tanto ama a Bélgica; España, que en el gran talento, en la abnegación, en la laboriosidad infatigable, en la energía y clarividencia de su representante, el marqués de Villalobar, halló medios de demostrar su afecto, su simpatía y su entusiasmo por el pueblo belga y de prestarle ayuda, podría tomar esta iniciativa generosa que perduraría al través de los siglos.

ooo

Pese a mi respeto al pueblo alemán y a mi horror por la guerra, me pregunto algunas veces si no hubiera sido un bien que la guerra hubiese penetrado hasta el corazón de Alemania.

A primera vista parece cruel; bien mirado, y pensando en los lazos de la fraternidad humana, no lo es. Ante sus hogares arrasados; ante sus pueblos dispersos es muy difícil que Francia, Bélgica y los otros pueblos que sufrieron el azote, olviden. Los alemanes han padecido el tormento del hambre, han sido vencidos; pero es otro sufrimiento; ignoran lo que significa el enemigo en su casa. Los unos creen menor el sufrimiento de los otros, y así a la inversa. Son dos grandes dolores, pero distintos; dos dolores paralelos que tal vez no se encuentren nunca. Y para borrar, para olvidar, debería ser un solo dolor, un dolor humano.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Lovaina, Noviembre 1919.



TRADE **YALE** MARK

¡SIN NOVEDAD!

El hogar protegido por las Cerraduras y Herrajes Yale está a salvo de agresiones.

Puede Ud. vivir en su casa con la confianza de completa seguridad y con orgullo de poseerla.

Porque "Yale" significa lo mejor en cerraduras, agarres, pomos, escudos, etc., tanto en servicio como apariencia y seguridad.

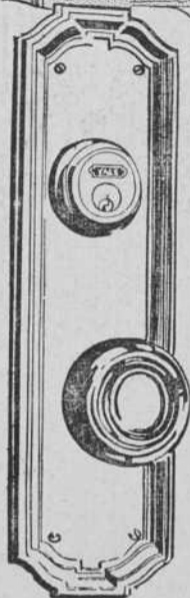
Hay un producto Yale que se adapta exactamente para cada uso—el surtido comprende Candados Yale, Picaportes Yale, Cierrapuertas Yale, Herrajes Yale para construcciones, Cerraduras Yale para bancos y Motones Yale de cadena. Todos garantizados por la marca "Yale."

De venta por las principales ferreterías

THE YALE & TOWNE
Mfg. Co.

ESTABLECIDOS EN 1868

Nueva York,
E. U. A.



PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel de mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año. Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, **D. José Martínez Pardo Martín**, COLEGIO DE MÉDICOS, MAYOR, 1

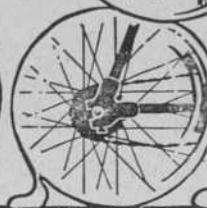
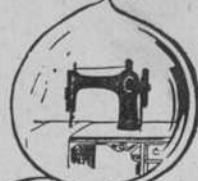
FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

Remington
UMC

"REM OIL"

NO podría Ud. hacer mejor inversión que en una botella de "Rem Oil". Una gota aplicada cuidadosamente a las superficies de máquinas ligeras las hará funcionar mejor y les prolongará su utilidad. La botella de "Rem Oil" debe hallarse en todo hogar bien organizado. Este aceite es insuperable para armas de fuego, pues no solamente las engrasa sino que al mismo tiempo disuelve la pólvora y evita la herrumbre.

Solicite otros informes de algún comerciante en esa localidad, o escribanos pidiendo la circular descriptiva especial junto con el catálogo completo de armas y cartuchos Remington UMC.



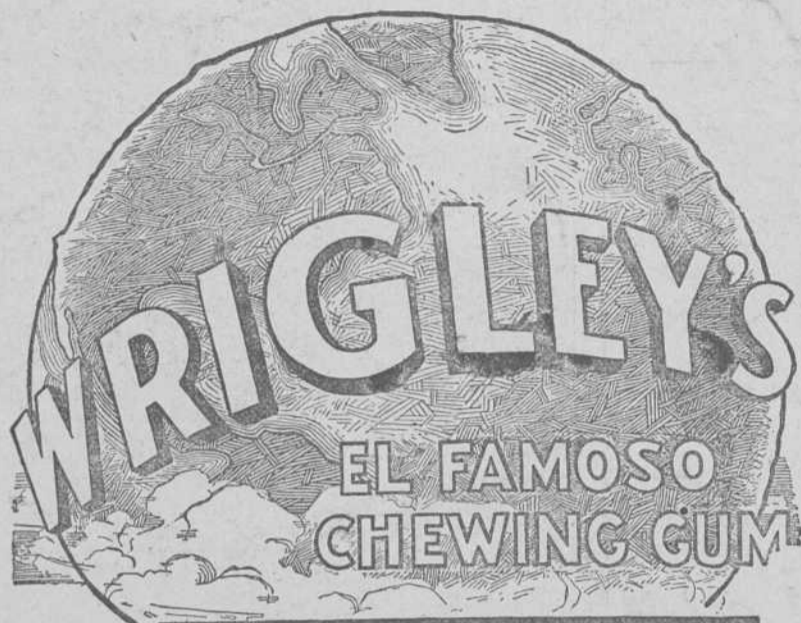
REMINGTON
UMC

REMINGTON ARMS UMC COMPANY
B-4 233 BROADWAY
NUEVA YORK



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



De Gran Ayuda En Las Diarias Faenas De La Vida

Este delicioso "chewing gum" (chicle) calma la sed y los nervios, abre el apetito y ayuda la digestión. Limpia y refresca la boca y la garganta y hace que el cigarro o cigarrillo sepa mejor que el anterior.

Empacado herméticamente. Se conserva fresco en todos los climas.

De venta en las Boticas, Dulcerías y otras Tiendas.

Tres Sabores Deliciosos.

Conserva Su Sabor



204



ANTI EPILEPTICO DE LIEJA

Suprime las crisis.
CURA TODAS LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS
F. Hele y Fruto - Dr. FANYAU - París - 111 E. France

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

Pedro Closas

ARTICULOS PARA LAS ARTES GRAFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 73 BARCELONA
Espacho: Unión, 21



ANISADO EXQUISITO

"Las Cadenas de Navarra"

COSECHEROS Y EXPORTADORES DE VINOS:

Hijos de Pablo Esparza VILLADA (Navarra)



BIEDMA

FOTÓGRAFO

23-Alcalá-23

Teléf. 7 0 HAY ASCENSOR

CASA DE PRIMER ORDEN

Agente general: A. MATAS TEIXIDIR, S. en C., Condal, 9, BARCELONA

PARIS HOTEL LUTETIA Restaurant de primer orden
43. BD. RASPAIL * El más moderno de los hoteles * Plano y tarifa sobre demanda dirigida al Director